

PÉREZ DE RIBAS, ANDRÉS (1576-1655)

HISTORIA DE LOS TRIUNFOS DE NUESTRA SANTA FE
(Fragmentos)

*Del sitio y puesto de las naciones y pueblos
de que se escribe en este libro*

Escrito dejo atrás que ha sido singularísimo beneficio de la divina clemencia el que ha hecho a la provincia de Sinaloa, que desde que se comenzó a predicar en ella el santo Evangelio ha proseguido con su curso, sin parar, por todas las naciones que se van descubriendo, y las que ahora se siguen, sin volver atrás por tiempo de sesenta años, de suerte que no ha habido ninguno dellos en que seis o ocho no se hayan bautizado y algunos a diez mil almas; y por los libros de bautismos, y cuenta que dan los padres misioneros a sus superiores, se hallan bautizadas como trescientas mil de párvulos, y adultos. Las naciones de que tengo de tratar en este libro, si bien son las últimas que han recibido el santo Evangelio; pero no las últimas desta provincia: porque en sus fronteras se sigue otras gentiles, que será Dios servido de ir recogiendo al rebaño de su Iglesia. Las de cuya conversión aquí se trata, están pobladas a la banda del norte, entre faldas de serranías, y a orillas, no de ríos caudalosos, sino de cuatro arroyos, que por ellas corren, y vienen a estar de treinta y dos y treinta y tres grados en altura del norte, declinando unos al oriente y otros al occidente. Y así, aquí son ya más templados los calores de lo que habemos escrito de los demás puestos desta provincia. Estas naciones, con sus pueblos principales, de las cuales se nombran una de Nebomes Altos y otra Nebomes Bajos, y en los Altos los pueblos que llaman Mobas, Onavas, y Nures; en los Bajos, Comoripa, Tecoripa y Zuaque, ésta es diferente nación de la que también tiene ese nombre, y de la cual se escribió a lo largo en el Libro Tercero, y dista de estotra ochenta leguas. Síguense luego las naciones de aibinos, sisibotaris, batucos, hures y los últimos los sonoras, que vienen a estar distantes de la villa de Sinaloa ciento y treinta leguas, y del principio della ciento y cuarenta. Destas naciones reducidas a unos veinte pueblos, y a cuatro partidos, cuidan cuatro o cinco padres ministros de doctrina. En ellas están reducidos tres mil y quinientos vecinos, o familias, de cuatro lenguas principales, y diferentes de las demás de Sinaloa: dificultad que van venciendo estos celosísimos padres, haciéndose niños por gloria del nombre de Cristo, y darlo a conocer en estas lenguas. Y porque quede aquí declarada la grande mies, que por esta parte de nuevo mundo va descubriendo a los hijos de la Compañía la divina bondad, y llegar ya esta historia a tratar de las últimas naciones que tienen reducidas al cristianismo; no dejaré de nombrar aquí las otras que se siguen, y ha puesto a la vista a los que Dios escogiere para esta gloriosa conquista, y la lleven adelante, cuando estuvieren de sazón estas gentilidades, para que se oiga en ellas la alegre nueva del santo Evangelio. Porque los hures confinan por un lado con los que llaman nacameris y nacosuras: a éstos se siguen los himeris, nación ferocísima y bárbara que no ha querido tener trato, ni amistad con sus vecinas, y muy temida de las demás; es muy copiosa, y extendida, según se ha podido entender, y a orillas de un tan caudaloso río,

como el de Hiaqui, que a la parte del occidente desemboca en el mar, a cuarenta leguas de distancia de llanadas, en que hay noticias de gran gentío de otra nación, que llaman Heris: es sobremanera bozal, sin pueblos, sin casas, ni sementeras. No tienen ríos, ni arroyos, y beben de algunas lagunillas y charcos de agua; sustentanse de caza; aunque al tiempo de cosecha de maíz, con cueros de venados, y sal, que recogen de la mar, van a rescatarlo a otras naciones. Los más cercanos destos a la mar también se sustentan de pescado: y dentro de la misma mar, en isla, se dice que habitan otros de la misma nación, cuya lengua se tiene por difícilísima sobremanera. La nación de los batucos, caminando al norte, tiene también por confinantes muchas naciones de gentiles amigos cumupas, buasdabas, bapispes; y declinando al oriente, a los sunas. Adelante de éstos, por esa parte se extiende la tierra hasta el Nuevo México, donde años ha que entraron los padres de la sagrada orden de san Francisco. A oriente de los sisibotaris se siguen otros gentiles serranos, que viven en picachos. Y últimamente, con la nación de los sonoras, confinan otras bárbaras.

Éstas son las varias naciones que Dios ha puesto en frontera a los hijos de la Compañía, a las cuales de lleno competen las calidades de aquellas a que enviaba Dios a predicar por boca de su profeta Isaías, a ángeles veloces: *Ite Angeli veloces ad gentem convulsam, & dilaceratam ad populum terribilem*. Calidades y fierezas, que con mucha propiedad competen a estas naciones; y con ser tales, anuncia que les había de enviar obreros tan diligentes, como veloces, y alados ángeles, y quería que se les predicase la divina palabra del Evangelio de Cristo, de quien tenía profetizado el santo rey David, que su dominio e imperio correría y se extendería, *a mari vsque ad mare, & a flumine vsque ad terminos Orbis terrarum*. Lo cual, como escribió el grande Agustino, no se verificó en el tiempo del reino de Salomón, aunque de él es intitulado el salmo; porque se guardaba eso para el tiempo del reino de Cristo, a quien tenía hecha promesa su eterno Padre, que pondría todas las gentes del mundo a sus pies, cuyo cumplimiento va Dios ejecutando en los tiempos que dispone su divina providencia; y pues ésta, por su bondad, se ha servido de los hijos de la Compañía, para extender este divino imperio por las naciones, de que atrás queda escrito; prendas les ha dado de que hallarán su favor, y amparo, para reducir las que quedan, y tan cerca ya tienen, y rendir al suave yugo de Cristo las demás de que he hecho mención en este capítulo. En los que se siguen escribiré de las que están ya convertidas, diciendo de cada una lo particular y propio que se ofreciere; entendiéndose que en lo demás concuerdan con lo general que de las otras naciones queda escrito acerca de su gentilismo. Y advirtiéndolo que atrás dejé apuntado, porque deseo ser puntual en lo que escribo, que las que llamo naciones no se ha de entender que son tan populosas como las que se diferencian en nuestra Europa; porque estas bárbaras son mucho menores de gente, pero muchas en número, y las más en lengua, y todas en no tener comercio, sino continuas guerras, unas con otras, y división de tierras, y puestos que cada una reconoce.

*Del puesto, rancherías y costumbres particulares
de los nebomes*

Destá nación nebome escribí muy a los principios desta historia, en el Libro Primero,

donde tratando de los primeros descubrimientos de la provincia de Sinaloa, dije que una tropa destes indios, que venía acompañando a Cabeza de Baca, y consortes, que salieron de la Florida, se quedó poblada en el río de Petatlán, y junto a la villa de Sinaloa. Después en el Libro Segundo escribí de otra tropa de trescientas personas desta nación, que acariciadas de las buenas nuevas, que a cabo de años les dieron sus parientes, y de cuan bien les iba, viviendo ya como cristianos; salieron peregrinando las ochenta leguas que hay desde su tierra al dicho pueblo, donde llegaron pidiendo bautismo. Que la una y otra tropa salieron de la misma nación nebome, de que aquí escribo. Que tanto tiempo antes comenzó la divina misericordia a disponerla para últimamente convertirla toda a nuestra santa fe. Y aunque algunas veces indios desta nación salían atravesando por medio de otras gentiles, con deseo de que entrasen padres de asiento a su tierra, que los hiciesen cristianos; esto no se podía ejecutar, hasta que las naciones intermedias estuviesen seguras y reducidas a cristiandad. Y antes de decir el modo con que ésa se introdujo en esta nación, escribiré lo particular della en su gentilidad. Poblados estaban los nebomes a orillas de arroyos de buenas aguas, y corrientes: sus casas eran mejores, y más de asiento que las de otras naciones: porque eran de paredes de grandes adobes, que hacían de barro, y cubiertas de azoteas y terrados. Algunas dellas edificaban mucho mayores, y con troneras a modo de fuertes, a propósito para si acometiesen enemigos, recogerse a ellas la gente del pueblo, y valerse de su flechería. Casi toda la gente era labradora; reconocían sus tierras, sembraban las semillas que dijimos ser generales a los indios; y aun en algunos puestos acomodados hacían sementeras de riego, sacando por acequias el agua de su arroyo para regarlas. Demás desto plantaban junto a sus casas un género de viñas, de una planta que los españoles llaman lechuguilla, porque en su forma es semejante a la lechuga; pero mucho más fuertes sus hojas, y que para criarse, y sazonzarse, ha menester uno o dos años; y cuando llegado a sazón la cortan, y asada la raíz con algo de sus hojas, les sirve de sustento, que es sabroso y dulce; y hacen dellas molidas un modo de cajetas, como de conserva. Y cuando se corta una de estas raíces, deja ya brotados otros renuevos y cogollos; y así plantado una vez este género de viña, les dura por muchos años. También para sustento se valían de caza, de que abundan sus montes, en particular de ciervos, porque son muy diestros en flecharlos, y aves del aire, que no les faltan. En el vestido era esta nación la más compuesta de todas las demás de Sinaloa, a que les ayudaba la mucha cantidad de los cueros de venado, que sabían beneficiar, y hacer muy buenas gamuzas, muy durables, y que les sirven en particular de cubierta, al modo de faldelines, a las mujeres, tan largos que arrastran por el suelo: y era gala entre ellas, que los extremos de las gamuzas arrastrasen por tierra. A que la gente moza también añadía otra gala de labores de almagre. El medio cuerpo arriba, también era ordinario traerlo cubierto con mantas, que tejían, o de algodón, o de otra planta como la pita. Y aunque en los varones no era tan ordinario el andar vestidos, todavía muchos se cubrían con dichas mantas, aunque al quitar con mucha facilidad, como se les antojaba, sin reparar en eso, como cosa tan usada.

La honestidad de las mujeres, así como excedía en vestido a otras naciones, también lo hacía en la modestia del semblante. Y en confirmación desto puedo afirmar que una vez que, acompañando al capitán, y su presidio, que a petición desta nación, cuando fue a visitar la de Hiaqui, pasó a ver algunos pueblos desta gente, por ser amigos y confederados, aunque gentiles, y concurriendo gran número de gente de todas edades,

llegándonos a saludar, y que conforme a acción de amistad, les pusiésemos las manos en la cabeza: al llegar las mujeres, en particular gente moza, veía que era con tanto encogimiento que tendían el cabello delante del rostro por no ser vistas. Y consecuentemente los demás vicios gentílicos no estaban tan furiosos como en otras naciones. El natural es más blando, y no tan áspero ni feroz como el de otras, ni tan belicoso, aunque no hubo poco que desbatar en gente criada en la selva de la gentilidad, ni poco que padecer en labrar, y sembrar la buena semilla en campos tan silvestres, como adelante se verá; y el número destes nebomes era como de tres mil almas, que quiso Dios agregar al rebaño de su Iglesia, habiendo dado por cada una dellas su divina sangre; y regado con ella en los divinos sacramentos, este pequeño majuelo ha ido dando, sin parar, frutos de bendición. Aunque éstos también costaron sangre a uno de sus ministros, como adelante se verá.

*De los progresos en la fe, y ejercicios cristianos,
en que quedan estos pueblos*

Arrancada la maleza que ahogaba esta sementera, y no la dejaba crecer, y quitados los escándalos que daban los forajidos, y rebeldes contra Dios, fueron maravillosos los progresos desta nueva cristiandad, que crecía, y se aumentaba cada día con nuevos bautismos de párvulos, y adultos, que lo venían a pedir, ya sin el temor que antes tenían, ocasionado de los hechiceros: y fue tal el multiplico de cristianos este solo año de mil y seiscientos y treinta y cuatro, en solas estas naciones últimas de Sinaloa, en que entra este partido de que voy hablando, que llegaron los bautizados párvulos a dos mil y setecientos y cuarenta; y los adultos a ochocientos y sesenta, y casados *in facie ecclesiae* novecientos y noventa pares: con que ya iba de todo punto cayendo el abuso de tener muchas mujeres, que no es la menor batalla en que se combate, ni la menor victoria que se consigue en estas empresas. Y aunque en otros muchos años llegó, y pasó de ese número el de los bautizados, quise notar aquí éste, que en tiempo de borrascas fue tan copioso, para que se eche de ver, que en medio dellas es abundante la cosecha. Los indios cimarrones que habían quedado por los montes, espantados con el castigo que se ejecutó en los que fueron ahorcados, los fue reduciendo al pueblo cristiano el padre Oliñano, con cariño y blandura; y éstos con los demás del partido se acabaron de bautizar, y todos entraban con grande fervor en la Iglesia. Un abuso, o superstición de las que suele el demonio, tenía introducida entre estas naciones por medio de sus hechiceros. Éstos les persuadían, que anduviesen por los montes cuatro noches a la luz de la luna, y al fin dellas se les aparecía el demonio, y les daba una piedrezuela, con la cual les daba a entender que les infundía poder para sanar enfermos, y enhechizar a los que quisiesen. Predicaron los padres contra este abuso y engaño, y se desterró, de suerte que se corren ya de haber caído en él, como de los demás bárbaros que tenían. Bautizada toda esta gente, comenzó el padre a perfeccionar su cristiandad, dando asiento a todos los ministerios que ella pide, de uso de sacramentos, celebridad de fiestas, pascuas, ejercicios de semana santa, penitencias della, y comuniones de los más aprovechados, devoción del santo rosario de la Virgen, y todo les asentó muy bien. Y si hubiera de escribir aquí casos particulares, que en la conversión desta gente sucedieron, de enfermos chicos, y grandes, que acabados de bautizar se

fueron al cielo, y otros en que se echa de ver la gracia de la predestinación, fuera repetir lo que de otras conversiones se ha dicho. Porque en todas ellas no cesa de manifestar la divina bondad, las misericordias que *ab eterno* tenía determinado hacer a estas pobres gentes. Pero porque no quede sepultada del todo la parte que a esta misión le cupo, se escribirán aquí algunos casos de edificación que pasaron, en particular con la devoción dulce para todos los cristianos, del rosario de la santísima Virgen Madre de Dios; leche con que se crían los hijos de la Iglesia, y de que necesitan los que son niños tiernos en la fe, con los cuales, como más pequeñitos, no hay duda, que tiene particular cariño esta Señora para defenderlos de la serpiente infernal. Un muchacho, de edad de diez y seis años, hallándose en un monte perdido, sin acertar a salir de él, olvidado de que era cristiano, y como nacido y criado en su niñez entre endemoniados hechiceros, llamó al demonio, para que le guiara, y sacara de aquel peligro: apareciósele luego, y aunque en figura humana, pero horrible, y que bastaba para espantarlo. No fue así, sino que se paró el engañado indio a oírlo, y lo primero que el demonio le dijo fue le diese su alma, si quería que le ayudase. Ofreciósele el desatinado mozo, y el demonio le sacó del monte, y por tiempo de dos meses se le aparecía muchas veces, y le acompañaba, y daba cosas de comida; pero siempre arrojándose, y sin acercarse a él. Descubrióle finalmente un día lo que le detenía y arredraba para no llegarle; y apartado de él le dijo.. "Si quieres que tengamos amistad estrecha, y te regale como hasta aquí lo he hecho, arroja de ti ese rosario que traes, que me da pena". El muchacho respondió: "Eso no haré yo, que lo quiero mucho, ni tengo otra cosa que tanto estime". A lo que le replicó el demonio: "Mira que ya eres mío", añadiendo amenazas, de que si no hacía lo que le pedía, le quitaría la vida. Aquí el muchacho, lleno de pavor y espanto, echó a huir, diciendo: "Pues hasta aquí no me has podido hacer mal por este rosario, ni ahora lo podrás hacer". Fue luego a buscar despavorido al padre, y llegó a él casi sin aliento, contando lo que le había pasado. El padre le exhortó a que hiciese una buena confesión, como la hizo, y quedó advertido para huir de los engaños del demonio, y con grande estima de la devoción del santo rosario, que le valió para salir de enredos endemoniados. No menos le valió el santo rosario al que sucedió el caso que se sigue. Púsose un indio en el campo una vez a rezar su rosario, apareciósele el mismo enemigo en figura de sierpe, y díjole, con silbos que le daba: "No hables así, deja esas palabras con que matan los padres". A la verdad, a esa sierpe le quebrantaba y atormentaba la cabeza el oír avemarías, como se lo tenía Dios amenazado desde el principio del mundo. Por otra parte, sentía ya el devoto indio que le decían (y sería su ángel): "Haz la señal de la cruz, y reza con ánimo esas palabras". Al punto desapareció el demonio confuso; y el indio quedó más confirmado en la devoción del santo rosario, en la cual están ya impuestos todos estos naturales chicos, y grandes, con grande afecto. Con éste y otros ejercicios cristianos se conocía claramente que iba huyendo el demonio destas gentes, de quien antes estaba tan apoderado. Pretendió ese astuto enemigo apartar de la Iglesia a otro indio, trayéndole, ya por un camino, ya por otro, fuera de juicio, y desatinado. Echándole de menos los suyos, salieron en su busca, y habiendo gastado algún tiempo en buscarlo, finalmente un domingo después de misa mayor, lo vinieron a hallar entre unas breñas, preguntado dónde había estado, respondió que no sabía, y que sólo había reparado que a la hora que se comienza a cantar la misa los domingos y fiestas, estando el demonio con él, había desaparecido: y volviendo en sí se acordó que en aquel punto debía de cantar la misa el padre. Lleváronle a su presencia, exhortóle a que hiciese una buena confesión: hízola y púsose una cruz al cuello, con que

nunca más le apareció esa fiera. Sazonados ya, y dispuestos con estos ejercicios cristianos los pueblos, introdujo el padre el que es más perfecto y santo, de la sagrada comunión. Ésta hizo muy buen asiento, y produjo sazonados frutos en estas nuevas plantas, porque para llegarse a recibir este divino sacramento, algunos hacían confesiones generales, estando ya más capaces de las partes y frutos deste santo sacramento. Formada ya en lo espiritual esta cristiandad, se aplicó su cuidadoso ministro a edificar iglesias y templos sagrados, para que en lo material y espiritual quedase perfecta esta cristiandad: que como el hombre consta de alma y cuerpo; así con lo interior de su alma, como con lo exterior corporal, debe reverenciar a su Creador. Aplicáronse los pueblos con muy buena voluntad a esta obra, edificaron sus iglesias con gusto y alegría, dedicáronse con la solemnidad acostumbrada en otras naciones. Demás de eso hicieron casa para su ministro: que a los principios de la conversión destas gentes tienen los padres que ofrecer a Dios no pocas incomodidades en esta parte. Señaláronsele por el capitán a esta nación, sus gobernadores y alcaldes; y en lo político y espiritual goza al presente de una mudanza y serenidad que sólo puede obrar el divino poder y fuerza de su palabra. Y en este feliz estado dejaremos estos cuatro pueblos, que tan combatidos estuvieron con los alzamientos y alborotos pasados, y pasaremos a tratar de otros que también sacaron de poder del demonio los celosos misioneros que Dios ha dado a la provincia de Sinaloa.

*Entra el Padre Pedro Méndez a dar principio a la doctrina
y cristiandad de sisibotaris y batucas,
y de sus particulares costumbres*

Mucho pudiera decir aquí del apostólico y antiguo misionero padre Pedro Méndez, a quien por buena dicha le cupo la suerte desta misión; y a la misión la buena dicha de tal ministro. Pero remito esto al capítulo donde escribiré de la vida santa, y prolongada en gloriosos empleos, deste evangélico misionero, que habiendo trabajado más de treinta años en estas misiones, y siendo ya de setenta de edad, con tan fervorosos alientos, tomó a su cargo la de los sisibotaris, para fundar su cristiandad, como si de nuevo comenzara en su dichoso empleo. Y daré principio a escribir della por una carta que el dicho padre escribió, en que por una parte manifiesta el gozo y consuelo con que Dios remuneraba sus trabajos, y por otra (conforme al uso de nuestra Compañía) dio cuenta a los superiores, de la primera entrada a su misión. Rabia al principio del recibimiento que le hicieron en pueblos cristianos, de indios que antes había doctrinado, y engendrado en Cristo, y yo quise trasladar a la letra, por ser muestra del amor y estima que cobran estas gentes a los que les comunicaron la luz de nuestra santa fe, y dieron la primera leche del Evangelio; y dice así el año de mil y seiscientos y veinte y ocho.

"Salí de la villa y llegué a Ocoroni, mi primer partido: una legua del pueblo, lo hallé todo lleno de arcos, con todos los topiles y fiscales, con trompetas y chirimías, danzas y máscaras, que salían hasta el pueblo, donde estaba todo el golpe de hombres y mujeres, con su cruz y ciriales. Entré en la iglesia con toda la música, y fiesta; y habiéndome dado la bienvenida, y yo a ellos el agradecimiento de las demostraciones de amor con que me habían recibido, nos regalaron aquel día con lo que pudieron. De allí pasamos a Tegueco,

mi segundo partido, y ahora del padre Otón, tanto mejorado, cuanto hallé delante de nuestro Señor aquella grande congregación de gente, que junto a la iglesia me esperaba toda de rodillas, con su cruz bien aderezada, cantando al uso y tono mexicano; y por lo alto de la iglesia las trompetas, chirimías y atabales; que todo me consoló el alma: en especial un predicadorcito que estaba en lo más alto sobre una tabla, deshaciéndose en predicar mil alegrías. De aquí partimos para Baciroa, que es en medio de Tegueco y Mayo, adonde pretende el general fundar una estancia, para comodidad de los pasajeros, donde estaba esperándome con mucha gente de mis antiguos mayos, congregada en un cerrillo con todos sus soldados. De allí partí para Mayo, que dista catorce leguas, y en todo el camino era de ver las cuadrillas, así de hombres, como de mujeres, que salían a recibirme, trayendo algunos presentes de su pobreza, aderezándonos enramadas, y levantando cruces, acompañándome con tanto afecto, que no había apartar los ojos de mí, diciéndome muchas palabras de alegría. Cuando yo daba prisa a mis compañeros, para alargar el paso, por huir de un grande aguacero que venía, corriendo ellos nunca se apartaron de mí en espacio de tres leguas, que duró el camino: y si no fuera por ellos, se padeciera mucho. Llegamos a Mayo, donde estaban los padres en su junta, de quienes recibí muy grande caridad, y ellos se consolaron mucho conmigo."

Hasta aquí el primer capítulo de la carta del religiosísimo padre Pedro Méndez, aún antes de llegar a su misión; y luego prosigue diciendo cómo le recibieron sus sisibotaris: "Llegué aquí [dice] a los quince de mayo, con unos indios ladinos que truje en mi compañía. Luego que los sisibotaris supieron de mi venida, comenzaron a disponer el recibimiento que a su modo y usanza habían de hacer. Pusieron leguas enteras de muchos arcos enramados, y en cada uno levantaron una cruz grande y hermosa: en los pueblos estaba la gente junta, y congregada, de rodillas con las cruces en las manos: hombres, mujeres y niños me recibían con extraordinarias muestras de gozo y alegría. Desta manera me fueron acompañando, y llenaron la iglesia, que ya tenían dispuesta; y certifico a V. R. que con ser yo una piedra, me enternecía, y hacía derramar muchas lágrimas el ver tanto afecto y devoción en una gente bárbara e infiel: y cuando entré la primera vez a los mayos, no hubo la mitad de las muestras de alegría que vi en esta gente. Prosigue esta devoción: Y es mucho mayor cuando se ven ya cristianos, que cada día irá creciendo más, y según voy viendo, no habrá en esta provincia nación que mejor y con mayor facilidad perciba las cosas de N. S. Fe, por los buenos naturales que en ellos voy descubriendo. No se hallan en esta nación idolatrías, y las hechicerías son muy pocas: son animosos en las guerras, pero gente muy apartada de las malicias de otras partes. Borracheras usaban como las otras naciones, pero con la gracia del Señor se han ya corregido tanto, que en seis meses que ha que estoy aquí, no he sentido ninguna. Porque al principio, llegado que fui, estando yo en un pueblo, sucedió en otro cinco leguas de él, que hubo una borrachera en que flecharon a una india, dejándola las heridas en peligro de perder la vida. Lo cual como llegase a mi noticia, fui al pueblo, y bauticé a la india; y fue el Señor servido que no muriese, pero hice con los indios gran demostración de sentimiento, y les di una muy grave reprehensión estando todos de rodillas en la iglesia, afeándoles aquel vicio, y ponderando cuánto lo sentía Dios N. Señor. Tomáronlo tan bien, que nunca más ha habido rastro de él. Cuando entré en esta misión, ninguna cosa temí tanto como los bailes nocturnos que usaban estas gentes, de que se ocasionan tantas ofensas de Dios: pero esto se ha remediado, de manera que en ninguna nación donde he

estado, he visto la quietud de que gozan estos pueblos. Tres son los que tengo ya juntos, y congregados con sus cruces e iglesias: el sitio es en dos valles muy fértiles de maíz, y otras legumbres: los arroyos de aguas dulces y saludables, con que riegan sus sementeras con notable artificio: y así nunca parece se experimentará entre estas gentes la hambre que suele en otras naciones. Son templadísimos en el comer, y su sustento principal es de un poco de harina de maíz, deshecha en agua, y quizás por esta templanza tienen tanta salud, que son muy pocos los enfermos que hay entre ellos. Algunos han pensado que esta gente es serrana, por estar cercada su tierra de cerros y montes muy apacibles: pero no lo es, porque sus pueblos y sementeras están en valles llanos y apacibles, y todos los naturales son muy quietos. En el traje y vestido son muy diferentes de las demás naciones de Hiaqui y Mayo, donde los varones, cuando mucho, se cubren con una manta, y las mujeres casi desnudas; en esta nación de sisibotaris es todo al revés. Porque los hombres se cubren lo necesario, con una manta pequeña pintada de la cintura a la rodilla, y cuando hace frío usan unas mantas grandes de algodón y pita: pero las mujeres andan cargadas de vestidos, y hacen tanto ruido al entrar en la iglesia, como si fueran españolas. Porque los faldellines de que usan llegan hasta el suelo, que son, o de pieles de venados, tan bruñidas y blandas como una seda, y con varias pinturas de colores, o de algodón o pita, que tienen en abundancia en estos pueblos: y para más honestidad se ponen un delantal de la cintura abajo, que en muchas suele ser negro, y parecen monjas con escapularios. Las doncellas en especial usan unos jubones muy labrados: y cuando hace frío se echan sobre todo esto unos como roquetes, que les sirve de abrigo, y así todas son honestísimas: y las que han tomado estado de casadas jamás hacen traición a sus maridos. Cuando se bautizan quedan tan devotos de la misa, que no la pierden ningún día, y la oyen de rodillas con toda reverencia y devoción, sin salir de la iglesia, hasta que habiéndome desnudado, y dado gracias, me piden la bendición, y hecha su reverencia se van. En lo que más he echado de ver la bondad y buena disposición desta gente es en que rancherías que tenían en algunos cerros de veinte y de treinta casas, abastecidas de comida, y haciendillas, o alhajas suyas, sin violencia, ni brazo de capitán, o soldados, las han echado por el suelo, y bajándose con sus familias y alhajas a vivir a los pueblos, y junto a la iglesia, edificando sus casas de terrados, con las maderas de las casas que deshicieron. En los seis meses que ha estoy aquí, han fabricado tres iglesias, que aunque no son las mayores, son las mejores y más lucidas que he tenido en los partidos donde he estado; trabajando en ellas con tanto ahínco, que muchas veces les mandaba yo descansar, y no querían dejar el trabajo, hasta acabar la tarea. Son sus casas de barro, y de terrado, a modo de las que se hacen de adobes, y mejores, porque aunque el barro es sin mezcla de paja, lo pisan y disponen de manera que queda duro como una piedra, y luego lo cubren con sus maderas fuertes y bien labradas. En una de las tres iglesias que he dicho, y era dedicada a nuestro glorioso apóstol san Francisco Javier, usó nuestro Señor una gran misericordia con el gobernador del pueblo, que es un muy buen indio recién bautizado; y fue que, bajando una grande viga, descuidándose de la sogá los que la bajaban, cayó de repente sobre el gobernador, y quiso nuestro Señor que no le diese de lleno, viniendo derecha a él, sino al soslayo, haciéndole una herida en la cabeza, de donde le salió mucha sangre, y dejó molido el cuerpo. Estaba yo presente, y no podré significar el sentimiento que tuve del caso: pero fue nuestro Señor servido que no fuese de peligro la herida, y al tercero día le hallé otra vez trabajando en la iglesia con mucha alegría. Caso fue éste para turbar el demonio a gente tan nueva en la fe. Admírame ver en ellos la alegría con que se trasquilan, se quitan

sus orejas y todas las demás insignias de su gentilidad; y grandes y pequeños acuden a doctrina y catecismo con grande gusto, sin ser llamados, ni ser menester hacer diligencias para juntarlos a este santo ejercicio. Los que hasta ahora tengo bautizados son novecientas personas, y aunque todos quisieran, desean y piden con instancia ser bautizados, pero como soy solo y es menester ir despacio catequizándolos y enseñándoles la doctrina, no me ha sido posible ejecutarlo en todos". Hasta aquí el padre Pedro Méndez: a que yo sólo añadiré aquí desta nación lo que della (aun estando en su gentilidad) me escribió un padre, que entró a visitarla, y dice así en materia de su modestia y honestidad: "Entré [dice] a los de Sabaripa, o sisibotaris, el año de seiscientos y veinte y uno, cuando se les comenzaba a dar doctrina a estas otras gentes; y entre otras cosas que notamos buenas en ellos fue que con no haber visto jamás a padres que les enseñasen, en las danzas que hacían en señal de alegría, aunque hombres y mujeres danzaban juntos, no se tocaban las manos, sino asidos de las mantas los unos de los otros, no se hablaban, en que mostraban la honestidad y recato que guardaban, con sola la luz natural que notamos en éstas y otras naciones.

*Refiérense algunos casos y sucesos con que pretendió
el demonio atajar la cristiandad destas naciones*

Antes de escribir el feliz asiento que en este nuevo rebaño, que tan bien dispuesto estaba, hizo la cristiandad; diré la resistencia que intentó el demonio contra ella, saliendo al encuentro para atajar la predicación evangélica: pero con eso quedó más ilustre la victoria. Había dos hechiceros envejecidos en esa diabólica arte; eran gentiles, y de naciones muy vecinas a los batucas; y cuando éstos habían recibido al ministro de doctrina en sus tierras, el demonio, por medio de los dichos hechiceros, sembró otra su doctrina por aquellos pueblos, de que los batucas habían de perder sus tierras por haber recibido al padre; pues éste, y los demás como él, mataban a la gente con el bautismo; que enhechizaban, y comían hombres; y que habiendo ya entrado uno a sus vecinos los batucas, era de temer que otro viniese otro día para sus tierras, y con él lloverían sobre ellos todos aquellos males y daños que les anunciaban. Anduvieron los dichos hechiceros tan astutos y vivos en sus endemoniadas pláticas, que persuadieron a su misma gente, de quien eran estimados y temidos; que se juntase una tropa dellos, y tomando las armas fuesen a dar guerra a los batucas, que habían recibido en su pueblo al padre, y que intentasen el matarlo. Viniendo caminando esta canalla, y teniendo el padre noticia della, animado con la esperanza, de que Dios (por cuya causa se veía en aquel riesgo) le había de favorecer, con brío y celo de la honra de Dios, y con buenas razones, persuadió a los batucas estarse a pie quedo en su pueblo, sin temor, ni salir a recibir de guerra a los enemigos: y en caso que llegasen a acometer al pueblo y querer ejecutar su mal intento, que se defendiesen con las armas. Demás de eso despachó indios fieles, con un recaudo a los enemigos, afeándoles aquella acción, que engañados del demonio, y sus hechiceros, acometían; y dándoles a entender que con ella se exponían a grandes riesgos y daños. Fue tal el temor que en ellos causaron estas razones, que sin pasar adelante, como si viniera sobre ellos un ejército, llenos de pavor, volvieron las espaldas, y se retiraron a su tierra. Y es de reparo aquí lo que queda notado y experimentado en estas misiones, de verse en ellas, en no pocas ocasiones, varios y señalados medios, por los cuales la suave

providencia de Dios libró de innumerables peligros a sus predicadores entre estas gentes; y si en otras permite que en ellos hagan lance los enemigos, es para coronarlos, viniendo esto dispensado de un Señor, que sabe dar a sus siervos ánimo para menospreciar la muerte por su amor, y que está muy atento a todo lo que pasa por ellos, y los tiene muy debajo de su protección y amparo. Singular consuelo para los operarios evangélicos. En el caso presente fueron de tanta eficacia, como se ha dicho, las razones que envió a decir a aquellos bárbaros furiosos un pobre religioso, en medio de naciones desconocidas. Y pasados no muchos días, los que venían arresiados a acabar con los batucas, que se querían hacer cristianos, y con el padre que los había de bautizar, arrepentidos ya de su hierro y engaño en que los habían puesto sus hechiceros, enviaron a decir al padre que le pedían perdón, ofreciendo tener amistad con los cristianos, añadiendo, que de ahí adelante con muy grande respeto obedecerían las palabras y mandatos del padre de los batucas; y en prendas y señal desto le enviaban cuatro muchachos de sus mismos hijos, para que los bautizase, y se fuesen criando en su compañía, y con su doctrina. Y cuando fuese otro padre a sus tierras, ellos les enseñarían a ellos la doctrina cristiana, y ayudarían al padre en sus ministerios. Y después de todo esto, los que querían antes matar al padre, venían ya con mucho amor a visitarlo, y últimamente cumplieron lo que habían prometido. Porque pasado algún tiempo, entró otro padre misionero a doctrinar esta gente, y la bautizó; y de los ardises de endemoniados hechiceros, sacó Dios la conversión destas almas. Y demás del dicho se siguió otro efecto, y provecho muy considerable, y de estima, con que quedó más descalabrado el demonio. Éste fue que, descubiertas las falsas profecías de los hechiceros, que sembraban de que los ministros del Evangelio habían de acabar a estas gentes, con las demás mentiras referidas, perdieron mucho de crédito con su gente, y fueron cayendo sus hechicerías, y estimación dellas, juntamente con los vicios que con ellas introducían.

Invención también fue destos hechiceros otra que pretendieron introducir en los batucos. Ésta fue que ya que no pudieron salir con su intento de que no se dejasen bautizar; enseñaban y persuadían a los ya bautizados y casados como cristianos que podían como antes apartarse a su voluntad de sus legítimas mujeres, y mudarlas por otras. Sin entenderlo al principio el padre, iba cundiendo esta herética y maldita doctrina, principalmente con el mal ejemplo de una india desbaratada, hija de indio principal y belicoso, la cual se había apartado de su legítimo marido, tan obstinadamente, que no había remedio de volverla a que hiciese vida con él. Llamó al padre de la india obstinada el ministro sacerdote, y le hizo capaz de la obligación del matrimonio cristiano, pidiéndole que persuadiese a su hija, que pues se había bautizado, cumpliera con las obligaciones de su santa Ley. Aprovechó la diligencia, reconoció la india su engaño, en que la habían puesto hechiceros; volvió a hacer vida con su marido, y se deshizo el error que el demonio iba introduciendo; y quedaron persuadidos, los que se iban bautizando, de la obligación y perpetuidad del matrimonio santo de cristianos. En un pueblo destos se avivó la estima y reverencia con la santa cruz, porque siendo ese enemigo infernal, molesto e importuno en aparecerse visiblemente a algunos indios, el padre les aconsejó trajesen un rosario al cuello, y donde el enemigo se les apareciese, levantasen una cruz. Fue tan eficaz el remedio de señal en que se obró nuestra redención, y quedó vencido nuestro adversario, que de ahí adelante desapareció el demonio, y quedaron los indios con mayor devoción a la santa cruz.

*Da pleno asiento a la cristiandad destes pueblos
el Padre Pedro Méndez, y peligro grande en que estuvo
de ser muerto en el altar diciendo misa*

El grande celo de la salvación de las almas, que ardía en el pecho del apostólico misionero padre Pedro Méndez, no le consentía emperezar un punto en labor de viña que Dios le había encomendado. Era continuo en pláticas, doctrina, catecismos y todos los demás ministerios con que la podía cada día dilatar: y así en tiempo de cuatro años, él solo, y sin otra ayuda que la de Dios, acabó de bautizar a toda esta gente, y asentar en ella una tan lúcida cristiandad, que el padre que le sucedió en ella, porque juzgaron los superiores que siendo ya de cerca de ochenta años, y quebrantadas las fuerzas con sus grandes trabajos, pedía la caridad el traerle a descansar a México, como se ejecutó: y el padre Bartolomé Castaño, que le sucedió, viendo tan aprovechados a estos indios, y tan bien impuestos en las cosas de la Ley de Dios, y sus misterios, lleno de admiración decía: "Muy bien se echa de ver que por aquí anduvo el padre Pedro Méndez". Pero porque se eche también de ver los peligros y riesgos que al padre Méndez le costó esta cristiandad, y a los que se exponen nuestros misioneros evangélicos, y los trabajos que les cuesta la labor destas almas, aunque sean de las naciones más morigeradas, y de mejores naturales, como lo era la de los sisibotaris, de que vamos hablando, y que tan bien recibió la doctrina del Evangelio; y se vea finalmente que no se cogen estos preciosos frutos a manos enjutas; ni los sagrados apóstoles, ni su divino Maestro los cogió sin derramar su preciosa sangre por ellas. Contaré aquí un caso bien raro que le pasó al padre Pedro Méndez, al cabo de los cuatro años que había doctrinado esta gente, e introducido en ella una grande cristiandad, porque en medio della no faltase un Judas traidor. El caso fue que el buen padre había criado, y traído en su compañía, para que le ayudara en los ministerios de iglesia, un mozo que le pareció de buen natural y capacidad. Éste, dando lugar a astucias y tentaciones del demonio, se comenzó a pervertir, malear y hacerse escandaloso en pecados y vicios. Echóle el padre de su compañía; él, indignado desta acción, trató luego de dar la muerte al que le había criado como a hijo. Entendieron algo del dañado intento los de otro pueblo llamado Aribechi, que distaba de allí tres leguas, y temiendo alguna traición y alevosía, se partieron luego aquella noche, para hacer escolta a su ministro, y dieron orden para haber a las manos al impío y emperrado indio: cogieronlo y, amarrado, lo pusieron en la casa del padre. El día siguiente, estando diciendo misa el santo sacerdote, y oyéndola el pueblo, se desató el indio y, furioso, con dos cuchillos carniceros en las manos, entró en la iglesia, arremetió al santo padre Méndez en el mismo altar, y asiéndole con grande furia de las vestiduras sagradas, dio con él en tierra, para acabarlo a puñaladas. Al tiempo que iba a clavarle los cuchillos, el muchacho que estaba ayudando a misa, se arrojó con animoso ímpetu a detenerlo, y valió para dar lugar a que un indio principal y cristiano, que se halló más cerca, llamado Juan de la Cruz Nesue, acudiese a quitar de las uñas a aquella fiera la oveja de Cristo, que había agarrado: y aunque lo consiguió, y libertó al padre de la muerte este buen indio, no fue tan a su salvo que no recibiese algunas heridas del furioso agresor, al quitarle la presa de las manos. Heridas de que se preciaba el fiel cristiano de haberlas recibido por defender al ministro y predicador del santo Evangelio, y con gusto las mostraba. El padre

se levantó y consumió con brevedad la hostia, que tenía consagrada, y el cáliz: porque en aquella turbación no sucediera alguna indecencia. Concurrieron luego los otros fieles cristianos, cercaron, y guardaron a su padre, amarraron al que le fue tan infiel, y a la doctrina santa que de él había recibido. Partieron sin remedio con él a la villa, para entregarlo al capitán, conforme al orden que les tenía dado, de que le llevasen presos a los facinerosos que inquietasen a los cristianos. El capitán examinó la causa, y entendida la enorme gravedad del delito, y escándalo que había dado este indio a tantas naciones que supieron el caso, lo sentenció a ahorcar. Y para poner mayor terror a semejantes atrevimientos, mandó a un cabo que entrase a tierras de sisibotaris, con algunos soldados, llevando consigo al delincuente, y allí ejecutase la sentencia, como se ejecutó; y el indio murió confesado, y con grande arrepentimiento y conocimiento de su pecado. Pero eso no obstante, fue tal el sentimiento que los fieles indios tuvieron de tan grande sacrilegio contra su sacerdote, misa, y altar, que después de muerto no paraban los flechazos que le tiraban en la horca. No se disminuyó un punto con este caso el ánimo y fervor con que los batucas habían recibido la doctrina de nuestra santa fe; antes parece que se afervorizó más, porque el padre Bartolomé Castaño, que sucedió al padre Pedro Méndez, y que imitó con grandes veras su fervor y celo, prosiguió en dar pleno asiento a esta cristiandad, costumbres y ejercicios cristianos, de suerte que en breve tiempo llegaron a trescientos cristianos los que se hallaban dignos y capaces para ser admitidos a la sagrada comunión, que en gente tan nueva, y siendo grande el cuidado que los padres ponen en el examen, y disposición para recibir tan soberano sacramento, fue mucho llegar a ese número los que ya comulgaban; y algunos dellos entre año, por pedirlo con mucha fe y devoción. Al tiempo de la comunión, y mientras se decía la misa, estaban enseñados los niños a cantar en su lengua algunos villancicos al santísimo sacramento. Entablóse la devoción del rosario de la santísima Virgen primero en los niños, hijos tiernos de esa soberana Madre de Misericordia. Rézanlo de comunidad en la iglesia a dos coros, diciendo un avemaría los niños, y las niñas otra: devoción que les fue tan agradable, y se les pegó a sus padres, de manera que por gozar della, y acompañar a sus hijos, la rezan con ellos, y esto todos los días. Pero el sábado se celebra esta tal devoción con más solemnidad, porque todo el pueblo concurre a ella, poniéndose en altar aparte una devota Imagen de la Virgen, con todo el adorno, que en tan pobre y apartada tierra es posible; y lo aumentan los niños, recogiendo en sus montes y campos cuanto de hermosas flores en ellos hallan. Entre cada decenario de avemarías, tocan los cantores instrumentos músicos, y los niños entremeten algunos villancicos en su lengua. ¿Quién duda que la sagrada Virgen recibe con particular agrado estas primicias que le tocan, de los frutos que hace el Evangelio de su Hijo entre estas nuevas gentes cristianas? Y en prueba deste agrado escribiré el caso que por este tiempo sucedió: éste fue que estando para celebrarse fiesta del santísimo sacramento, a que había concurrido mucha gente, y el superior de las misiones, que había ido a visitar ésta, se hallaba allí, habiéndose colgado la capilla mayor, y adornado la Iglesia, la tarde antes de vísperas comenzó a entoldarse el cielo y a llover por todos los montes alrededor. Acercábase ya la lluvia a la iglesia, que por no ser de las de dura, que se suelen hacer cuando ya está asentada la cristiandad, ni estar bien cubierta la que tenían aderezada, antes a riesgo de mojarse y maltratarse todo el adorno, y aun aguar la fiesta, con el grande aguacero que las nubes amenazaban. En esta ocasión hizo el padre, tocando la campana, que se juntasen todos los niños del pueblo en la iglesia. El mismo padre comenzó con ellos a rezar el rosario, pidiendo a la Virgen no se les impidiese la fiesta que querían

celebrar muy alborozados. Cosa maravillosa, y que algunos la tuvieron por milagrosa: al punto se apartaron las nubes que amenazaban, y habían comenzado a enviar agua, y no quiso la santísima Virgen que enviaran más de la que fue menester para regar la tierra y refrescar el tiempo, que era de riguroso calor, y duró la frescura la mañana siguiente, que se celebró la fiesta con muy grande alegría: y la Reina del cielo, con sus favores, dio a entender cuánto le había agradado la oración de sus devotos niños.

Estado en que al presente quedan estos pueblos sisibotaris, y su cristiandad

Aunque en el capítulo pasado quedan escritas muchas costumbres y leyes cristianas por pruebas de cuán buen asiento hizo en estos pueblos nuestra santa religión; en éste se acabará de escribir lo que falta para cumplimiento del estado en que hoy queda. Uno de los ministerios y ejercicios cristianos que generalmente asienta bien en estas naciones, como tan digno de memoria en los redimidos con la sangre de Cristo, es el de su sagrada pasión, y en celebrarla la semana santa. Acuden, y se juntan a los divinos oficios, en que se ha esmerado y esmera esta gente, acudiendo con grande asistencia y devoción, haciendo procesiones y disciplinas de sangre, los que estaban muy ajenos de penitencias por sus culpas: porque ni las conocían, ni temían. Pero ya las conocen, y se aplican a hacer penitencias por ellas, y más en el tiempo santo de cuaresma, en que son sus disciplinas y procesiones de sangre, con grande quietud y silencio, yendo el padre en ellas con un crucifijo en la mano, y predicándoles en su lengua de la pasión que padeció el Hijo de Dios por ellos, y por los pecados del mundo. Cosa que se les imprime notablemente, y les queda memoria deste tiempo para todo el año.

Asentadas estas costumbres, recibieron muy bien el trabajar en edificar iglesias decentes para celebrar sus fiestas: y así se aplicaron con mucho gusto a hacerlas, dedicarlas y adornarlas como las demás naciones cristianas. No se hartan de mirarlas cuando las ven ya levantadas en sus pueblos; es singular el gusto que en esto tienen, y esa vista los detiene en sus pueblos para no desampararlos, ni acordarse más de sus rancherías antiguas, ni de sus bohíos en sus sementeras. Tienen dispuestas sus casas en el pueblo, con orden; de suerte que parece hacen escolta, y están en guarda de la que es casa de Dios; y con ese título la nombran. Quedan hoy éstos, que antes eran desiertos, y habitaciones de fieras, poblados de tabernáculos más dignos de veneración, que el que en el desierto acompañaban los hijos de Israel, y pueblo de Dios, cuando caminaba a la tierra de promisión. Aquí se cae este punto, y no se puede dudar que es digno de reparo y alegría: y la causa en los españoles, que a veces llegan a estas tierras remotas y apartadas, el ver por tantos pueblos destas misiones tanto número de iglesias de Cristo, entre montes, entre selvas y en desiertos antiguamente despoblados. Y pues vamos ya acabando con las conversiones de gentes en la provincia de Sinaloa convertidas, añado que hasta hoy están edificadas en ella por lo menos unos cincuenta templos vistosos, aseados y adornados con el lucimiento de ornamentos y riqueza que es posible en tierra tan remota. Y lo más agradable a Dios en ellas es la frecuencia grande con que concurren los pueblos a ellas y adoran a su verdadero Dios los que antes no le conocían; y en que se han esmerado éstos de que al presente escribo. A que se añade la música eclesiástica de

cantores, e instrumentos músicos, que también se ha introducido, y entabló en estos pueblos.

Y para que se vean algunas señales de lo que agradan a nuestro Señor las diligencias que ponen sus ministros en levantar estas iglesias, aunque pobres, y no edificios de piedras y columnas preciosas, no quiero pasar en silencio un caso de edificación que le pasó a un padre de los que se emplearon en estas últimas misiones, al tiempo que cuidaba de edificar una iglesia, dedicada a la purísima concepción de la Virgen. Había un principal carpintero trabajado y labrado las maderas para ella, con toda la curiosidad que le fue posible, y antes de acabarla, cayó gravemente enfermo, de suerte que lo puso en el extremo de la vida. Avisaron al padre para que le administrase el santo óleo. Llevólo, y con grande sentimiento de ver que perdía la Iglesia un oficial tan bueno, que la perfeccionase: suplicaba al Señor el cuidadoso padre por salud del hijo, que le parecía muy importante en tal ocasión, para obra tan santa. Díjole al enfermo: "Cierto, hijo, que no te he de dar los óleos, porque si te mueres, no hay quien acabe la iglesia de la Virgen. Pues le has servido, pídele te dé salud, para que acabes lo que falta". Oyó la súplica la Madre de Misericordia; dio salud al enfermo desahuciado., que se levantó y prosiguió en la iglesia, que se hizo y dedicó en honra de esa Señora, atribuyéndose esta salud de enfermo tan al cabo, al favor de la que es Madre de necesitados: y como a tal todos estos nuevos cristianos le tienen grande devoción. Y para concluir con los pueblos de que aquí escribo, y pasar a otra nación de las convertidas, digo que el estado en que hoy queda es de mucha paz, y procediendo con grandes ejemplos de cristiandad, y gobernada en lo político con mucho gusto por sus caciques, escogiéndose para él sus más ejemplares cristianos.

*Pide la nación del valle de Sonora doctrina y padres
que se la enseñen, y escríbese el puesto desta nación,
su bautismo y asiento*

Llegado habemos a la última nación reducida a nuestra santa fe, y agregada a la Iglesia santa de Cristo, y donde ha llegado la alegre nueva de su santo Evangelio en la provincia de Sinaloa. No obstante, que como atrás queda dicho, no es la última de las bárbaras gentes, que después se siguen: y a las cuales también se les va llegando la luz de la divina palabra.

El valle de Sonora, de que tuvieron noticias los primeros descubridores de la provincia de Sinaloa, y corrompiendo el vocablo, llamaban valle de Señora, cae a la banda del norte, apartado de la villa ciento y treinta leguas, y se trató de asentar su doctrina por los años de seiscientos y treinta y ocho. Este valle es muy fértil, de lindas tierras, que fertilizan las aguas de arroyos de que gozan: la gente que en él está poblada es del mismo natural que los sisibotaris, y de las mismas costumbres, vestidos como ellos, y más que otras naciones, sus casas más durables y compuestas. Estos sonoras pidieron con tan grande afecto la doctrina, y que algún padre los fuese a bautizar, y hacer cristianos, y con tanta voluntad de serlo, como la que más de las convertidas en la provincia: y Dios por varios medios, con su divina clemencia, atrajo a ésta en particular; con la suavidad y ataduras de

su dulcísima caridad, que prometió por su profeta Oseas: *In vinculis charitatis*: porque aunque otras había rendido a golpes de vara, y de castigo, a ésta fue servida su divina bondad de rendirla con suavidad y dulzura. Cuando se reducían con sus casas los sonoras a poblaciones grandes y acomodadas, para formar tres pueblos en que se congregaron mil vecinos (queda otra gente algo más apartada, que finalmente les seguirá) ponían en ejecución esa mudanza, que de suyo es bien dificultosa, con tan grande alegría, y prisa, que se convidaban a jugar al palo, de que hablamos en el Primer Libro, por ir corriendo a hacer sus congregaciones, y apresurar al ministro que llegase a sus tierras, y gozar de su doctrina. Para ella fue señalado el padre Bartolomé Castaño, a quien ya ellos habían tratado con la vecindad de los sisibotaris, que doctrinaba, y poniéndose allí otro padre, y dando a esta nueva misión ministro, y lengua ya experimentado, cuales los piden estas nuevas cristiandades, dio principio con el bautismo de los párvulos, y bautizó dellos muchos centenares. Comenzaron luego las pláticas de la doctrina divina y leyes santas que habían de guardar. Y asentábase tan deveras esta enseñanza, y recibían las cosas de la fe con tanto gusto, que el padre no se hartaba de dar gracias al Señor, que con la suya, y sus particulares auxilios, disponía tan bien a esta gente. De donde se siguió que se hizo mucho en poco tiempo; y en un año quedó casi toda la gente mayor bautizada, en número de tres a cuatro mil personas. Y hallando tan aplicada a esta gente a ejercicios de cristiandad, para su perseverancia y fervor, se valió aquí el padre de un particular medio: repartió la gente en congregaciones, o decurias. unas de mujeres, otras de hombres, para que cuidase de cada una dellas; si era de mujeres, mujer; si era de varones, varón; y tuviesen cuenta de que ninguno faltase a ejercicios cristianos, y que estuviesen bien industriados en los misterios y doctrina de nuestra santa fe. Y las dichas decurias tenían sus lugares señalados en la iglesia, y servía de echarse de ver con facilidad su asistencia. Medios todos que inventa el celo santo destes ministros fieles. Cristo N. S. lo enseñó, cuando en el milagro del pan, que repartió a los cinco mil hombres en el desierto, mandando a sus sagrados apóstoles que les distribuyesen en modo de decurias. *Facite illos discumbere quinquagenos*. Y san Marcos dijo: *Dircubuerunt in partes*, que Dios es amigo del orden, y no gusta de canallas y confusiones, sino que haya orden, número y concierto. En otras naciones hacen ese mismo oficio los fiscales de iglesia, repartiéndose el cuidado del pueblo en tres, cuatro o más que tienen ese mismo oficio, según el número de sus vecinos. Aprovechó mucho la distribución de las decurias en nuestros sonoras. Acudían con gran cuidado a todas las obligaciones de cristianos, Apartábanse de costumbres gentílicas, que en todas estas naciones reinan, como viven en tinieblas, por más morigeradas y mansas que sean, y en particular el vicio tan repetido forzosamente en esta historia, de las borracheras, que a todas las manchaba. Ése desde sus principios de doctrina, dejaron los sonoras, que teniendo en su vecindad, y a su vista y comercio, otras muchas gentiles que se siguen: con todo, convidados con estos brindis y convites, nunca más comunicaron con ellos, sin dejarse vencer de tentación, y vicio tan arraigado.

Concluido con el bautismo de toda la gente, trató el padre de edificio material de sus iglesias: edificáronlas en sus tres pueblos muy vistosas: y dedicadas, se perfeccionó esta cristiandad, y puso en el estado que se dirá en el capítulo siguiente.

De los frutos espirituales que se lograron en la doctrina de los sonoras y en las demás misiones de Sinaloa

Todo lo que pudiera decir de particulares casos de edificación y singulares sucesos de gentiles convertidos a la hora de la muerte, bautismos de enfermos, que con la gracia dellos se salvaron, y otros casos semejantes, y frecuentes en estas primeras conversiones, como atrás se han contado, con los frutos grandes y preciosos que dellas se han cogido. Todo esto se colegirá de una carta que copiaré aquí, por ser de persona muy religiosa y grave, que asegura toda la puntualidad y verdad de lo que en ella se refiere. El que la escribió es el padre Luis de Bonifaz, provincial de la provincia de Nueva España, y siéndolo murió santamente; a quien fueron y serán siempre deudas las misiones de Sinaloa, de veinte y cuatro años de vida que en ellas gastó, los más dellos predicando el santo Evangelio, con eminencia de lengua de los indios que administró: y otros algunos años gobernando, y visitando con grande caudal de letras, y prudencia, no sólo las misiones de Sinaloa, sino también las otras principales, y cabeceras de que después proseguirá la historia. El cual acabando de visitar todos los partidos y pueblos dellas, y dando cuenta al padre provincial, que entonces le había encargado ese oficio, del estado destas misiones, le escribió la carta siguiente. En la cual se ha de advertir que, aunque habla de todas las misiones de Sinaloa: pero más en particular destas de la tierra adentro, y últimas della, en que ahora estamos, y tiene gran parte la nación de los sonoras, de que se escribe en este capítulo; y dice así: "Hoy está tan lúcida esta cristiandad, que es para dar muchas gracias a nuestro Señor: y por acabar yo ahora de hacer la visita de los ríos, puedo como testigo de vista, y como quien lo ha examinado y experimentado y mirado con cuidado, afirmar que es una de las cosas más gloriosas, y uno de los mejores empleos que la Compañía tiene. Noté en todos los padres cuán del todo estaban dados a su ministerio. Todos predicaron en sus lenguas con gran expedición, a dos y tres sermones, y los oyentes, levantados los ojos, y atentos al predicador, todo el tiempo que duraba el sermón. Sin éste, otro ejercicio de la doctrina cristiana, muy de envidiar, aun para las ciudades de los españoles muy antiguas. Porque a las preguntas de la doctrina cristiana, respondían niños, viejos, hombres y mujeres, y de todas edades, salteándose las, y por diferentes palabras de las que están en el catecismo, y respondían a ellas con mucha presteza, y sin turbarse. Y no sólo a estas preguntas, sino a otras muchas, de cosas que no están en el catecismo, sino de las que se les predicán: esto es, de los lugares que hay debajo de la tierra, dedicados para castigo de pecados; del fin para que sirven las imágenes en los templos; de lo que ha de hacer el enfermo que se halla en pecado, y no tiene copia de confesor; caso que les sucede muchas veces a estas gentes, que andan por montes y marinas; algunas cosas de la resurrección de los muertos y día del juicio; y otras a este modo. Que por saber yo algunas destas lenguas, pude ser testigo de lo bien que respondían; y esto en especial en algunas gentes que yo conocí que nunca vivieron en poblaciones, sino por esos campos. Y añadido, que algún viejo de más de cien años hubo entre éstos, que respondía a las preguntas como un mozo muy enseñado. Entre los niños se señaló uno, en que viniéndolo a ver otro muchacho pariente suyo gentil, que venía para ser bautizado con sus padres, que también eran gentiles; el niño cogió aparte al de su edad, y lo estuvo catequizando, y enseñando los misterios de la fe, de suerte que cuando llegó a bautizarse el catequizado, estaba tan bien en los misterios de nuestra santa fe, como si hubiera sido antiguo cristiano, y enseñado: cosa que causó admiración en los

presentes, y de ver aquella capacidad en la edad del catequista y del catequizado.

"De todo este género de gente se llenaban las iglesias, que son bien capaces, bien aderezadas y adornadas con varias pinturas de los misterios de la fe. No sólo son enseñados en ella los niños, como queda dicho, sino también en la buena crianza, en que son de ver cuando pasando por delante de imagen, o del padre, hacen su reverencia al modo de españoles. Y en algunos partidos se ha introducido que estos niños canten en canciones particulares, compuestas en su lengua, cosas de la fe, y éstas suelen cantar por los barrios. De lo cual se han seguido dos buenos efectos: el uno, que la gente grande se ha aplicado a aprender las coplas de los niños: y otro, que han olvidado las gentílicas que tenían. Toda la gente, hombres y mujeres, traen su rosario al cuello, de suerte que, en tanta muchedumbre, no me parece vi uno que no le trujese. Y en razón desta devoción diré dos cosas, que aunque parezcan menudas, no lo son para esta edad. La una, que diciendo yo un día misa en un pueblo destes, hallé sobre el altar gran copia de rosarios para que los bendijese, y habiéndolos bendecido, tuve deseo de ver cuyos eran: y acabada la misa, vinieron esta muchedumbre de niños y niñas a reconocer sus rosarios, y llegaron con gran silencio, y cada uno reconoció y se llevó el suyo. Experimentan con él el socorro divino en ocasiones de enfermedad. Particular fue que, estando un niño casi al fin de la vida, con ponerse sobre el cuerpo el santo rosario, como lo pidió su buena madre con mucha fe y devoción, cobró salud entera. Llevando un día a enterrar un niño, iba mucho acompañamiento de niños y niñas, todos con sus rosarios en las manos rezando. En los mayores está también muy recibida esta devoción: y en algunos pueblos está asentado que tocando la oración, y habiéndola rezado, se ponen todas las familias a las puertas de sus casas, y de rodillas, voz en cuello, rezan el rosario, que parece todo el pueblo un oratorio. Y en ausencia de los padres ministros dicen que hacen lo mismo, y que en sus sementeras, y aun por los caminos lo rezan, y en sus enfermedades llaman a la santísima Virgen con mucho afecto: de suerte que me dijeron algunos padres nuestros religiosos que les movía devoción cuando iban a visitar estos pueblos. También es muestra de fe la que tienen con la misa. Porque ningún día de entre semana faltan a ella, como si fuese domingo. Estando yo con un padre, llegó un indio viejo, y al uso de la pobreza de la tierra, no tenía sobre sí hilo de ropa más que lo que pide la honestidad natural, y pidió al padre que le dijese una misa cantada, por su hija difunta. Puedenlo hacer por pobres que sean, porque saben que los nuestros no pueden admitir estipendio por ellas. Lo mismo noté en otro pueblo, y afirmáronme los padres que a estas misas traen ofrendas todos los parientes, de su pobreza de maíz, y otras legumbres, para que se dé a los pobres, como lo hacen los fiscales. En uno destes pueblos (que por ser el más remoto, y más recién asentado, servirá de ejemplo para los demás), me hallé un sábado a la salve, y vi más de cuarenta personas de todas edades, que se disciplinaban; y afirmóme el padre que no los había prevenido, sino que aquella buena costumbre la tienen ya tan bien recibida, que ellos de suyo acuden a ella sin ser llamados. Las disciplinas de semana santa son muy copiosas de gente y de sangre. Un padre en particular me escribió que tuvo este año de disciplina más de mil y quinientas personas, y que iban con grande modestia y silencio, que era muy de ver: y en la cuaresma, en algunas partes, se han hecho en toda ella disciplina de espaldas tres días en la semana, cantándoles el miserere a canto de Órgano. La misma devoción está introducida con las ánimas del purgatorio, que todos en oyendo tocar a las ánimas, de rodillas, y en voz alta, que se oye en todo el pueblo, rezan

diez avemarías y un *Paternoster*. Avísanme, ni más ni menos los padres, las muchas confesiones generales que han hecho estos dos años los indios, aprovechándose de lo que se les enseña y repite, de la necesidad de la Integridad de la confesión, y dolor de pecados. Y aun algunos dan en que entender con escrúpulos, y no pocas han traído las preseas de varones, que habían recibido, para apartarlas de sí. En las fiestas principales del año, y de la santísima Virgen, y de otros santos, suelen confesar y comulgar; y hay vez que llegan a doscientas personas. La extremaunción, a que tenían gran horror, por entender que era pronóstico cierto de la muerte, la piden ya desengañados los enfermos, y con instancia; porque ha sido nuestro Señor servido de dar salud a muchos oleados y desahuciados, y sin esperanza de vivir. Estando en esta visita, llamaron a un padre para un enfermo que se había confesado, y estaba en otros pueblos; y aunque cuando llegó el padre tenía ya el enfermo perdida la vista, le dijo: En hora buena vengas, padre mío, que ahora moriré con consuelo, porque moriré recibidos los óleos; reconcilióse, y luego en acabando de recibirlos, se lo llevó nuestro Señor. Otro indio adoleció de muerte, y recibidos los santos sacramentos, se sentó, y tomando el rosario en la mano, comenzó a hacer muy tiernos coloquios con nuestro Señor, haciendo muy fervorosos actos de contrición: y rezado el rosario de nuestra Señora, expiró, dejando grandes prendas de su salvación. Y en nación donde era grande el número de hechiceros, sus antiguos médicos y curanderos, y en ellos tenían puesta su confianza, pareciéndoles que no podían vivir sin su socorro; ya desprecian el llamarlos, de suerte que ni aun el nombre de hechicero gustan de oír. Convirtiendo eso en venir en sus dolencias a la iglesia, a recibir la bendición del padre, y que les diga un Evangelio. En todas estas partes están los seminarios de los niños muy bien puestos, y con música de voces e instrumentos, con que se cantan las misas con gran solemnidad, porque salen en todo muy diestros los seminaristas. Vanse fundando muchas casas, todas de adobes, donde no solían ser sino de petates, esteras; y algunos de los que las hacen de adobes, aun de esteras, no las solían tener, sino sólo por vivienda el campo". Hasta aquí la carta del muy religioso, prudente y vigilante prelado y visitador de las misiones, que como testigo de vista de las cosas, y que siempre fue muy cuidadoso y atentado en hablar dellas, refiere el lucimiento de cristiandad, que en estas naciones nuevamente convertidas florecía. Y es cierto, que se debe entender, y pasa así en todas las cristiandades de naciones de Sinaloa, que son muy uniformes en los ejercicios de cristiandad, en que las imponen los padres, y ellas de suyo: y entre sí tienen tal emulación en imitar lo loable, que en las otras ven, que procuran no quedar atrás la una de la otra. Y la nación de los sonoras ha sido de las que con mayor fervor pretendió recibir nuestra santa fe, y así en ella halló la doctrina del Evangelio, disposición para dar los abundantes frutos que se han escrito della. Y finalmente edificaron muy lindas iglesias, compusieron y formaron tres pueblos, en que hay como mil vecinos y familias, que se gobiernan con mucha paz, estando en frontera y vecindad de gentiles, que se siguen, por ser esta nación la última convertida a nuestra santa fe, y que cuando se escribe esta historia no ha más de cinco años, que se redujo, y acabó de bautizar. Pero querrá N. Señor que a las que se siguen, aunque ya muy remotas y apartadas, les llegue algún día la dichosa y divina luz del Evangelio.

*De las virtudes, ministerios y ejemplos evangélicos en misiones de Sinaloa, del pPadre
vidente del Águila de la Compañía de Jesús*

Por muy benemérita se debe reconocer la provincia de Sinaloa, sus misiones, y cristiandad, a la religión, trabajos y celo santo del muy religioso padre Vicente del Águila: pues en cultivarla y amplificarla gastó lo más y mejor de su vida, por tiempo de casi cuarenta años, en que hizo empleos de gloriosos trabajos en la sementera de la palabra evangélica, y de que cogió felicísimos frutos, rematando finalmente su vida en esta gloriosa empresa. Pondré aquí la relación de sus virtudes, vida y muerte como la escribió el padre Leonardo Xatini, visitador por entonces de las misiones de Sinaloa, y dando cuenta (conforme al uso de la Compañía, en toda la provincia, cuando alguno della pasa desta vida), para que todos le socorran con los sufragios acostumbrados, y con el estilo entre nosotros usado: aunque en él se alargó más que lo ordinario, por razón del sujeto, y parte tan remota, y empresa en que acabó su vida.

"Hoy martes [dice] cinco de marzo, fue nuestro Señor servido de llevar para sí en estas misiones de Sinaloa al padre Vicente del Águila, de edad de setenta años, cuarenta y tres de religión, y veinte y seis de profesión de cuatro votos de nuestra Compañía. Murió el padre de una recia calentura, o tabardillo, que le acabó al fin del seteno, sin que le aprovecharan los remedios que se le aplicaron, y los que concede la cortedad y pobreza destas tierras. Prevínose el padre muy bien para morir, durando en sus sentidos, y entero juicio, hasta el último trance: recibiendo con mucha devoción, afecto y ternura los santos sacramentos, y haciendo en lo último de su enfermedad confesión general de toda su vida. Murió en fin como quien no hizo otra cosa toda su vida, sino prevenirse para morir bien.

"Y viéndome obligado a decir aquí, para edificación y consuelo nuestro, algo de lo que se podía de la virtud, y santa vida del padre, no dudo manifestar desde luego el recelo con que comienzo a cumplirlo: por ser tan grande la opinión y fama de santo que el padre tenía cobrada entre naturales y españoles, seglares y religiosos, que por mucho que yo quiera apuntar en este aviso (por fuerza breve) de su dichosa muerte, no dudo será tenido por insuficiente, y corto en su alabanza, de aquellos que al padre conocieron y trataron. Mas siendo así (conforme a san Juan Crisóstomo) que lo admirable y muy digno de alabanza en un santo es no poder las nuestras igualar a sus méritos: *Quandoquiae bec est praecipua laudu illius pars, quodfacits verba aequiparare non possint*. Confieso muy de grado (por decir esta alabanza en primer lugar) el haber de quedar corto, por mucho que pretenda decir. Entró el P. Vicente en la Compañía en Alcalá de Henares, en la provincia de Toledo, graduado de bachiller en artes en aquella universidad, las cuales había oído a su hermano el doctor don Juan del Águila, gran sujeto en virtud y letras, que murió electo obispo de Lugo. Tuvo su noviciado en el Villarejo de Fuentes, debajo de la disciplina y loable enseñanza del P. Nicolás de Almazán, que después murió asistente de España en Roma: dio el padre muestras de lo mucho que había de ser después, comenzando una vida de perfecto religioso de la Compañía, que conservó con nuevos y continuados aumentos, hasta el punto dichoso de su muerte. Estudiante teólogo pasó a esta provincia de Nueva España, donde ordenado sacerdote, todo lo restante de su vida, que fueron de treinta y cinco a treinta y seis años, lo gastó en el glorioso empleo de las misiones: primero dos años en San Luis de la Paz, y los demás en éstas: si por otros muchos títulos, no menos por éste, son dichosas las misiones de Sinaloa, por lo mucho que el padre en ellas edificó

y enseñó, no sólo a indios y españoles, misionero, súbdito, superior y visitador cuatro años; sino aún mucho más a los mismos padres misioneros, que en su tiempo han venido: siendo cuando murió el más antiguo en ellas, y el que más tiempo continuado ha trabajado en ellas infatigablemente, casi desde que se fundaron, con tan gran tesón de trabajo en su mayor vejez, que excedía, y aun corría al más alentado esfuerzo del que comenzaba, y edificado le quería imitar. Y por haber sido el único empleo del padre, el de misionero de la Compañía, juzgo por su mayor alabanza (mejor diría toda) decir cuán bien acertó a serlo; cosa cuanto meritoria y gloriosa, difícil: y en esto es, sin duda, digna aun de admiración la perfectísima junta que en el padre se vio, de observantísimo religioso e insigne misionero: de puntualísima observancia de reglas, ejercicios y loables costumbres de un religioso encerrado, y sólo atento a sí, juntamente con el trabajo, divertimento, y tan varia ocupación de un grande misionero, obligado a mirar por las almas, y aun cuerpos de tantos. No pudo el padre, aunque tan ejemplar como lo fue novicio, ser más observante y puntual en levantarse a la hora acostumbrada, que para el padre era inviolable al rayar el alba, teniendo quien le tocase campana a esta hora, a que obedecía exacto. En la oración de la mañana: en los dos exámenes de mediodía y la noche; en la media hora (por lo menos) de lección espiritual, y un cuarto de *Contemptus mundi* para que tenía tiempos señalados, y en las letanías, rezaba a sus horas el rosario de la Virgen: devociones tenía muchas, y lección de reglas, hasta los últimos días de su vida, y en medio de sus mayores ocupaciones: siendo en esto de singular edificación y ejemplo a los que más de cerca y a menudo le trataban, y por experiencia sabía la dificultad que esto tiene: pero que mucho, si traía siempre delante de los ojos la vigilante vela de una conciencia del todo menuda, y sumamente escrupulosa, y un superior, y regla viva de la interior caridad, y amor de Dios, tan fino, que no era su cuidado ya no pecar grave, o levemente; sino librar obras, palabras y pensamientos de una mínima imperfección: oyéndosele decir en ocasión al descuido: '¡Jesús!, ¿y había de hacer yo cosa contra regla?' A este modo fue exacto y perfecto en las demás virtudes de un santo religioso: obediente como si no tuviera voluntad, ni entendimiento para discurrir en lo que se le mandaba, sin haber dado jamás la menor dificultad a los superiores en su gobierno; bien sí, consuelo siempre, y edificación: tan enemigo de hacer su gusto, y tan poco fiado en su parecer, que nunca se podía determinar por sí a nada, sino buscando siempre, y procurando seguir el parecer de otro. Virtud que le fue de mucha importancia y mérito en los continuos escrúpulos que padeció toda su vida: porque (como él dijo a un padre) le hubieran quitado muchos años ha el juicio, si no tuviera tanta facilidad en acomodarse a lo que su confesor, o padre espiritual le decía, aunque del todo contra lo que sentía. Verdad bien afianzada por el real profeta David: que en una tormenta deshecha de escrúpulos, no basta a hacer pie el propio consejo, o sabiduría: *Sapientia coru deborata est*. Efecto fue también éste sin duda de su muy grande y conocida humildad, que le hacía no fiarse de sí, aunque, es cierto, sabía muy bien, por haber salido aventajado en todo género de letras, y pudiera a satisfacción de todos regir cualquiera cátedra de las mayores. En especial se esmeró en lo moral tanto que, cuando por vía de razones, o autoridades, le querían convencer, traía él tantas, o para lo contrario, o para lo mismo, que se decía por gracia del P. Vicente del Águila, que no tenía escrúpulos, sino cuando, o porque quería. Y así su ordinario modo de preguntar humildísimo, era: 'Dígame V. R. en esto solamente; ¿puedese hacer, o no se puede hacer: es pecado, o no es pecado?' El cual simple dicho le quietaba y consolaba. Humildad que en el padre resplandecía, en obras, palabras,

acciones y ocupaciones: y lo era tanto aun en los mismos naturales indios, y los que le servían, que era máxima suya: que por cosa que al padre tocaba no se había de hacer el menor castigo al indio en su persona, aunque hiciese muchas faltas en acudirle, y servirle: humildad finalmente que se conservaba, y fomentaba con una grande llaneza, y simplicidad religiosa, sin género de doblez, ficción, ni cumplimientos: tanto que aun el usar a veces de los muy forzosos, y más ordinarios, le daba escrúpulo, si le parecía que no se podían en todo rigor verificar en la realidad.

"La pobreza del padre fue la que en un tan humilde religioso se puede pensar: menudísimo en las licencias, en su persona parco, y aun a veces más de lo que pedía su dignidad, estado y ocupación, hasta usar muchos años sotana del mal sayal, o jerga teñida al uso, y poco aseo de los indios: alhajas de casa del todo pobres, mesa parquísima, y sin ningún cuidado: tanto que dijo con llaneza una vez que se había tratado como un indio. Parte fue esta de su mortificación y penitencia, que siempre amó, y ejercitó hasta los últimos años de su trabajada vida, como si fuera muy fuerte, y aunque no lo era en el sujeto, por ser pequeño, y delicado, pero fervoroso en disciplinas, silicios y otros ejercicios de penitencia y mortificación; y algunos con tanta exacción, que aun cuando por muchos títulos no le obligaba, todo era escrupular, si los había de moderar, o no. Hombre tan mortificado, pobre, humilde y religioso, ¿quién duda que sería casto? Fuele sin duda, y ejemplo de castidad, y extraordinario el recato, con que edificaba a sus indios en extremo, y con que los enseñaba a la enmienda de sus propios vicios. Fue realzada, y hermoçada su castidad con el alto y perfecto don de la virginidad; testificado así por su confesor, con quien se confesó generalmente de toda su vida para morir. Y es así que, cuando el padre no lo hubiera dicho, sus ojos, su rostro, su modestia, su honestidad y recato la pregonaban, aunque su humildad la encubría. No oía descompuesta una mínima palabra, que de mil leguas oliese a cosa menos pura. El tratar de la materia, aunque fuese con toda honestidad, decencia y necesidad, le sacaba los colores al rostro, más que pudiera a la más pura y encerrada doncella. Después de tan largo, continuo e inmediato trato y comunicación, por la enseñanza, confesiones y gobierno de tantas indias, del partido donde había estado veinte y cuatro años, apenas las conocía de vista, y aun desto formó una vez grande escrúpulo.

"Pero no parezca que nos apartamos del propósito, de decir cuán bien supo ser misionero de la Compañía; que yo no juzgo haberme divertido, siendo sin género de duda lo que le hizo tal, lo hasta aquí referido. La obediencia le tuvo con tanta continuación y tan loable tesón en las misiones que habiendo algunos años deseado salir dellas (como él lo dijo a un padre), era tan circunspecto y tímido en el proponerlo, por no perder un punto de perfección en la obediencia, que no se podía conocer si lo deseaba o no. Ayudándole a esto también su humildad, con la cual se tenía por inútil para cualquiera otra ocupación: y cuando mucho decía que quizás leería bien una cátedra de mínimos, o menores. Esta misma humildad le hacía tan afable y benigno con los indios, que le amaban y estimaban sumamente: y su pobreza y descuido en su persona le dio tanto que dar a sus indios, y mucho con que adornar y enriquecer sus iglesias, siendo las más bien alhajadas que hay en estas misiones. Finalmente aquella gran caridad y amor de Dios, que en el padre resplandecía, gobernaba y aumentaba cada día todas estas virtudes; y era el único principio, y verdadera madre de la segunda caridad, y amor de los próximos, que al padre

ocupó tan del todo en el ministerio de misionero, que ni parece sabía, ni podría saber, ni había nacido para otra cosa. Ni había dificultad, ni trabajo, que le retardase al perfecto cumplimiento de ese apostólico ministerio. Andando en la administración de sus pueblos, con una caída que dio, se le quebró una pierna; y no pudiendo tenerse en pie, cuando se ofrecía alguna confesión de enfermo, se hacía llevar en un zarzo, para ir a confesar, y consolar a su feligrés, sin perdonar a trabajos, ni dolores. Esta caridad le hacía un continuo e incansable predicador, y maestro de la fe, y sus misterios: *Opportunè, & importunè*: a todas horas, en todas ocasiones, en común, y en particular, a ladinos, y bozales: a sus propios indios, y a cualesquiera otros que veía, como si a él solo hubiera dado san Gregorio Magno aquel consejo, de que el predicador enseñe a cada uno en particular, cuando no basta predicándoles en común para su entera enseñanza: *Considerandum est nobis* (dice el santo) *ut qui una eademque exhortationis voce non sufficit simul cunctos admonere studeat singulos in quantum valet instruere, privatis locutionibus aedificare*. Esto cumplió muy bien nuestro misionero con todos los indios de la provincia, llamándolos en ofreciéndose ocasión, y poniéndose muy despacio a catequizarlos, y darles modo fácil para que quedasen con memoria, y diesen buena cuenta de los misterios de la fe: cuidado que se extendió en el padre muy en particular a los españoles, el tiempo que fue superior: pues fuera de hacer esto mismo con ellos, hizo una breve suma de los misterios de la fe; y haciéndola imprimir en México a su costa, procuró no se quedase alguno de toda la tierra sin ella. Esta caridad le hizo al padre darse tan de veras a dos lenguas, en que doctrinó muchos años a los naturales; de suerte que salió maestro en entrambas, haciendo dellas artes, vocabularios; libros de sermones y ejemplos, catecismos breves y latos, confesionarios, advertencias y aun poesías que cantar en la iglesia, en que su mayor cuidado era resumir siempre, y repetir los misterios de la fe: con todo lo cual sin duda el padre ha hecho, y hará aun después de muerto, mucho fruto en estas almas. Esta caridad le hacía andar solícito en buscar, y usar de cuantos medios imaginaba podían ayudar a las almas de sus hijos en Cristo, y en especial en orden a la verdadera fe, que en los naturales principalmente es tan deseada, cuanto difícil el hallarla a los principios viva, y constante en todos ellos. Para lo cual muy en particular se esmeró en la veneración y culto exterior de Dios, y de su santísima Madre, y Señora nuestra, y muy singularmente del santísimo sacramento, procurando celebrar sus fiestas y procesiones, con la mayor solemnidad y aparato que le era posible, hasta buscar varias invenciones de carros triunfales a su modo, y modos más pomposos, y majestuosos, para llevar el santísimo sacramento, como oía decir se hacía en México, en Sevilla, o Toledo. En orden a este divino culto exterior se ocupaba tanto en las curiosidades de altares, retablos, ornamentos, ramilletes, hechizos, serafines, flores y otros adornos de iglesia y sacristía, que no parece era otro su oficio: entre los cuales, no a otro fin, era el trabajo que puso en la erección de iglesias y templos fuertes, capaces, y hermosos, donde fuese Dios venerado, como aún lo estaba haciendo actualmente cuando Dios le llamó para sí, estando cubriendo dos iglesias de las mejores de la provincia de Sinaloa. Y en este particular no puedo dejar de ponderar el haberle Dios llevado a morir al pueblo de Ahorne, y haber dispuesto fuese su cuerpo enterrado en su iglesia a medio cubrir, en el mismo sitio donde una grande avenida del río le había pocos años ha derribado otra, acabada de hacer, cubrir y blanquear, estándola pintando y hermoheando para dedicarla: mortificación que (como el padre dijo a un confidente suyo) fue la mayor que tuvo en su vida. Como dándonos a entender su divina Majestad, lo mucho que se

agradó en el trabajo, que el padre allí puso, y mucho más en la paciencia, y conformidad con que llevó aquella mortificación, queriendo que de allí salga aquel cuerpo, allí tan gloriosamente trabajado, a gozar el premio y galardón grande que le espera. Esta caridad de los próximos finalmente se extendió en el padre, de las almas a los cuerpos, y le hacía andar siempre solícito, buscando mucho que dar a sus hijos, y con qué regalarles, y acudirles, cuanto le era posible, en las hambres, y falta de lo necesario, procurando saber varios remedios, fáciles para sus enfermedades, y excusándoles de todo el trabajo, que le era posible: y así era sumamente amado y querido de sus indios, y de todos los que le conocían de otros partidos, que era mucho, por lo mucho que a todos ayudaba, doctrinaba y enseñaba. Asimismo era amado y venerado de los españoles, y de todos los padres singularmente: pero mucho más amado era de Dios, y así no sólo le quiso llevar para sí al eterno descanso, mas quiso desde luego descubrirnos lo mucho que se había agradado en la escrupulosísima vida del padre, con que en ésta se había labrado su corona; dándole en los últimos días della tan grande serenidad, paz y quietud de conciencia, como si en toda su vida hubiera sabido qué cosa era temor, recelo y escrúpulo. Como quien veía finalmente con los ojos del alma, y de una grande esperanza en Dios, el premio a que le llamaba. Y aunque su santa vida y conversación nos han dejado con todo consuelo persuadidos a esto; todavía por cumplir yo con mi obligación, ruego a V. R. mande se le hagan en esos santos Colegios los sufragios acostumbrados por un misionero difunto de nuestra Compañía, y a mí no me olvide V. R. en sus santos sacrificios y oraciones. Sinaloa y marzo cinco de mil y seiscientos y cuarenta y un años."

Hasta aquí el padre visitador de las misiones de Sinaloa. A que yo puedo añadir (como quien algunos años gozó de la religiosísima compañía del padre Vicente del Águila, administrando una misma doctrina y pueblos con él) que siempre le miré, y hallé, como un ángel del cielo, y un misionero apostólico, y de todas sus virtudes arriba escritas fui testigo de vista.

De la vida y muerte del muy religioso Padre Gerónimo Ramírez, de la Compañía de Jesús, que se empleó en varias misiones de indios de la Nueva España

Aunque la distribución que debo guardar en dar su lugar propio a cada una de las vidas de varones ilustres y misioneros insignes entre naciones gentiles pedía de derecho dar éste a la santa vida y trabajos evangélicos del padre Pedro Méndez, empleados en cultivar las naciones de que acabo de escribir en este Sexto Libro, como lo dejó apuntado: con todo no he podido aquí ejecutar este orden: porque cuando salí de México, donde comencé a escribir esta historia, y de donde partí para Roma enviado de nuestra provincia de Nueva España, aún vivía ese santo varón, aunque de muy anciana edad. Mas hallándome en esta corte de Madrid, donde se imprime esta obra, y de paso para Roma, me llegó la nueva de que con santa muerte, como había sido la vida, se había Dios llevado al venerable padre Pedro Méndez, cuya relación se me enviaría. Pero por no poderse detener la imprenta, trocará su lugar con el padre Gerónimo Ramírez, insigne misionero de otras naciones, de que adelante se tratará de propósito. Y al padre Pedro Méndez, si hubiere lugar adelante, se le dará el competente a varón apostólico, que trabajó cuarenta años en cultivar las naciones de Sinaloa. De los primeros resplandores, y ejemplos señalados de virtud del

padre Gerónimo Ramírez, tengo relación firmada del padre Andrés de Cazorla, bien conocido en la provincia de Andalucía por su grande, larga y conocida religión, pues es hoy de los más antiguos sujetos de la Compañía. El cual fue íntimo amigo de Gerónimo Ramírez, antes de entrar el uno y el otro en la Compañía; y habla como testigo de vista de la juvenil, aunque madura, y perfecta virtud, con que preparó N. Señor (aun desde sus tiernos años) a este su ministro evangélico. Nació Gerónimo en la ciudad de Sevilla, de padres honrados, año de mil y quinientos y cincuenta y siete. Crióse desde muy niño en casa de la duquesa de Alcalá; y por ver su mucha virtud, y buena inclinación, lo dio al santo obispo de Cádiz don García de Haro, deudo suyo, donde estuvo bien estimado, hasta que le envió a Córdoba a estudios mayores. En estas escuelas lúcidas en letras, y concurso de sus estudiantes, dio desde luego raro ejemplo, no sólo de virtud ordinaria, sino de persona que a todo rigor caminaba a la perfección. Los ejercicios de mortificación, penitencias, disciplinas, silicios, eran muy ordinarios; la oración muy frecuente, en que era muy regalado de nuestro Señor. Sus salidas al campo los días de vacación eran a afervorizar su corazón con otros compañeros tales, que buscaba, y ellos lo buscaban a él, con quienes entretenía la tarde en divinas alabanzas en sus criaturas, en que se enternece y abrasaba. De suerte, que todos los estudiantes que trataban de virtud se le llegaban, pendían de su boca y consejo, y procuraban su comunicación. No se quedaba en palabras la devoción del muy fervoroso mancebo, porque dellas pasaba a las obras, y salía encendido para las de mortificación y humildad, que en este tiempo ejercitaba. Sustentábalo el santo obispo con todo cuanto había menester, y fuera de eso gozaba un beneficio de la iglesia de Tarifa: pero él por mortificarse, e imitar en algo la pobreza de Cristo nuestro Señor, iba algunas veces a los conventos, y portería de religiosos, con su escudilla como pobre a comer como los demás pobres de la sopa, y limosna que allí se da. Y tenía tanta estima de los pobres, en quienes está representado Cristo, que un día festivo de los santos patronos de Córdoba, san Acisclo y santa Victoria, pasando por la calle, donde estaba un pobre pidiendo limosna, con demostración de una pierna llagada, y manando podre; llevado del fervor de su devoción, se hincó de rodillas y se la besó, y bañó sus labios de aquel asqueroso humor; teniéndolo por unguento precioso, considerando a Cristo llagado en aquel pobre. Esta acción, y devoción del virtuoso mozo, admiró a algunos que lo vieron. Y a este paso iba edificando lo demás de su modestia, recato, sufrimiento y paciencia en las ocasiones que se le ofrecían, conversaciones y trato de Dios nuestro Señor, todo el tiempo que le duró estudiar en Córdoba, que fueron como dos años, antes de entrar en la Compañía. De suerte que podemos decir que antes de entrar en escuela de perfección, había aprovechado en ella, y la tenía en heroico grado, como lo depone y firma el padre Andrés de Cazorla, arriba nombrado, que ha sido maestro de espíritu y rector en varios colegios de la Andalucía. Y añade que, recibido el hermano Gerónimo en la Compañía en el tiempo de su noviciado, y después en el de sus estudios, prosiguió con tan grande constancia en caminar a la perfección que todo su estudio era amoldar su vida a la que enseña el libro todo oro, del *Contemptus mundi*; que no dejaba de las manos para su lección espiritual. Y siendo así que todo el libro habla y enseña la nata del espíritu y perfección evangélica, es muy notado el capítulo veinte y tres del Libro Tercero, que trata de la extremada perfección de cuatro cosas, que por ser tan notables para conseguirla, se llama el capítulo de las cuatro cosas: y el fervoroso hermano preguntó una vez a su maestro en teología, padre Ignacio Yáñez, que cómo podía ser que estuviese en ellas tal perfección, porque él era un

imperfecto, y malo, y por la bondad de nuestro Señor se hallaba con aquellas cuatro cosas. Esto confesaba el muy religioso hermano con toda sinceridad; y podemos entender que con verdad. Había entrado en la Compañía el año de mil y quinientos y setenta y siete, siendo de edad de veinte años, donde vivió cuarenta y tres, con notable perfección y santidad. Desde su noviciado tuvo nombre de gran religioso, devoto, humilde, obediente, muy recogido y amigo del silencio, y con él sabía juntar a sus tiempos el trato apacible y afable con todos. Sus pláticas ordinarias eran de Dios, o cosas concernientes, para que tenía prevenidos ejemplos de dichos y hechos de santos, y cuentecitos a propósito para ese intento. En lo que más pareció señalarse fue en el ejercicio santo de la oración: porque no contentándose con tener las horas señaladas, se levantaba a tenerla una hora antes de la comunidad: y todos los ratos que podía hurtaba al tiempo, no faltando a lo que era obediencia, para darlos al trato con nuestro Señor. Y aun cuando iba de camino no se olvidaba, por cansado que estuviese, de ese su amado ejercicio: antes entonces, se daba más a él, llevando siempre consigo un pequeño crucifijo, que en viéndose a solas sacaba, y con él eran sus coloquios y entretenimientos tiernos: porque fue siempre devotísimo de la pasión de Cristo nuestro Señor, con quien hallaba consuelo en sus trabajos y necesidades. Y no menos lo fue de la santísima Virgen, a quien siempre tuvo por Madre.

El celo de ayudar a las almas fue incansable, y de los raros que se han conocido, y con él salió encendido desde el noviciado: porque siendo estudiante artista en Córdoba, se encargó de los que llaman algarines, o pícaros, gente humilde y desamparada, y les hacía la doctrina, y pláticas, con tanto fervor, que hizo muy grande fruto en ellos. A los dos años de su teología, y el de mil y quinientos y ochenta y cuatro, pasó a la provincia de México, con el padre provincial Antonio de Mendoza. Y apenas hubo llegado de España, cuando en la Nueva fue enviado al Colegio de Pátzcuaro, a que aprendiese la lengua de aquella provincia, que es de las más pobladas de indios que hay en la Nueva España; y juntamente se encargara de la escuela de niños de escribir y leer, que hay en aquel colegio: y a todo acudía con su continuo fervor y cuidado el hermano Gerónimo, y alcanzó a saber la lengua, de suerte que podía hacer la doctrina y predicar en ella en la plaza de aquella ciudad, que es de gran concurso de indios: y en ellos, y en los españolitos de la escuela, tenía con mucho consuelo empleado su fervoroso celo de ayudar a las almas. Volvió a México a acabar sus estudios, en que salió muy aprovechado, y en el mismo tiempo (como quien sabía muy bien aprovecharlo) aprendió la lengua mexicana, que supo y ejercitó bien, deseando hacerse instrumento apto para que nuestro Señor se sirviese de él en ayuda de las almas. Acabados sus estudios, y ordenado de sacerdote, volvió a Pátzcuaro; y puesto ya en ese grado, como ministro del Espíritu Santo, y adornado con lenguas, se ejercitaba en confesar y predicar a indios y españoles, con grande fruto y edificación de todos. Y no harta su sed en encaminar almas al cielo, salió en misión por los partidos de muchos beneficios y curatos que hay en esa provincia, ejercitando todos los ministerios de caridad que usa la Compañía: en particular hizo una misión que le duró ocho meses, en que corrió gran parte de tierra muy caliente, y de la costa de Colima, y Zacatula, y otras provincias, con extraordinario aprovechamiento de las almas, y a costa de grandes trabajos que padeció, con ocasión de un catarro pestilencial que por aquel tiempo corrió, y de que moría mucha gente. Acudía el caritativo padre a los enfermos y apestados incansablemente: y no sólo a administrarles los santos sacramentos, sino también a curarlos y regalarnos en cuanto podía con grande

caridad. En los pueblos donde entraba apenas quedaba persona que no se confesase, como si fuera una semana santa; y por consolar a todos le era forzoso confesar hasta las diez de la noche; y a la mañana, antes de amanecer estaba ya la iglesia llena de gente para confesar. El fervor de las pláticas en peregrina lengua, y el ser estas tierras muy apartadas, y donde pocas veces alcanzan este beneficio, todo ayudaba mucho, y aumentaba los santos trabajos del padre Ramírez. Predicaba lo más ordinario dos sermones cada día, uno a la mañana, otro a la tarde. Las procesiones cantando la doctrina eran muy frecuentes y solemnes, a que acudía toda la gente, y hechas las preguntas del catecismo, y repartidos premios a los niños, predicaba a los demás; y tal vez en dos y tres lenguas, por la variedad de los que concurrían. Y a ésta tan grande ocupación no había de faltar la que siempre fue muy estimada y amada del padre, de la oración, con otros ejercicios espirituales, que le obligaban a dormir muy poco, y aun faltarle el tiempo para comer, y otras cosas forzosas. Y en tierra falta de sustento, y de calores excesivos, guardaba sus ayunos y penitencias inviolablemente; y el mismo estilo guardó siempre en todas sus misiones, que fueron muchas, y por muchos años. Los frutos que en ésta cogió, sería largo el contarlos; de confesiones generales, enmiendas de vidas, costumbres de embriagueces desterradas; idolatrías y rastros de supersticiones que ordinariamente suelen quedar en indios aun después de bautizados; todo quedó grandemente remediado, favoreciendo Dios, y dando feliz cosecha a los trabajos santos deste su siervo.

Habiendo gastado tres años en estos ejercicios en el Colegio de Pátzcuaro, y provincia de Michoacán, pasó a la ciudad y real de minas de Zacatecas, donde no fue menor el fruto que cogió con las solemnes doctrinas y procesiones que hacía, exhortaciones y frecuentes sermones en español, mexicano y lengua tarasca, que es la de Michoacán, donde había estado, y concurrir mucha gente de esas lenguas a trabajar en aquel célebre real; en el cual fue grande el provecho que en todos estos indios hizo, por el particular temor y respeto que le tenían, y por el fervor con que les predicaba. Sin dejar por eso de acudir con él mismo a los ministerios de los españoles: porque siempre se extendía a todos el celo de su caridad. Del Colegio de Zacatecas, como de puesto más cercano a las dos misiones de Tepeguanes y Parras, de que después trataremos, pasó a dar principio a la conversión de esas dos naciones gentiles; que como los superiores tenían bien conocido el fervor de espíritu del padre Gerónimo, y cuán esforzado era para sufrir trabajos por Cristo, y por el bien de las almas, para todas las empresas donde éstos se habían de ofrecer, lo escogían: y él tenía a feliz suerte que echaran mano de él para semejantes empleos. Lo mucho que trabajó en desmontar estas selvas de gentilidades, y del fruto que cogió en sembrar la doctrina del Evangelio, donde no se había oído, se dirá adelante, en particular en la historia de esas dos misiones. Aquí bastará decir, por mayor, que aprendió sus lenguas, y domesticó indios más fieros y bárbaros que las fieras del campo, y los amansó, y trocó en ovejas mansas de Cristo, bautizando gran número dellos, y trayéndolos al rebaño de la santa Iglesia; habiéndose visto muchas veces en peligro de perder la vida en la demanda.

Pasados estos trabajos y peregrinaciones, fue enviado de la santa obediencia a otra no menos prolija y larga, que fue a fundar el Colegio de Guatemala, que dista de Tepeguanes cuatrocientas leguas. Que como conocían los superiores cuán a propósito era el padre Ramírez para semejantes obras, y para la necesidad de aquella muy noble ciudad, y reino,

echaron mano del que aun en los caminos fue grande el número de almas que sacó de pecado. Cuando llegó a Guatemala, halló que el señor obispo don fray Juan Ramírez, de la sagrada orden de Santo Domingo, habiendo salido a visitar su obispado, había dejado orden para que no le dejasen al nuevo predicador administrar los santos sacramentos, ni aun decir misa en sus iglesias, donde aún no la tenía la Compañía. Sabiendo esto el padre Gerónimo, se partió luego con su compañero en busca del señor obispo, que estaba lejos, caminando de día y de noche sin parar, y con harto trabajo, hasta llegar a su presencia. Al principio no fue recibido con mucho agasajo, como de religión nueva en aquella ciudad y provincia (no obstante que la ciudad había pedido a la Compañía que fuese a fundar a ella). Comenzó el señor obispo a examinar al padre, en un caso moral bien dificultoso, y después en la explicación de un lugar de Job, que no menos lo era; a todo respondió el padre con grande satisfacción, porque la podía dar en esas materias. Propuso él después a su Ilustrísima, con mucha humildad y sumisión, el intento con que le había enviado la santa obediencia; y de tal manera quedó pagado el señor obispo, de sus letras y gran celo y talento de ganar las almas, que le dio amplia facultad para ejercitar todos los ministerios de la Compañía. Y no se contentó con sólo eso, sino que su Señoría Ilustrísima iba a honrar las doctrinas que el padre hacía, con notable edificación de toda la ciudad, por ver a su prelado dar tal ejemplo. Y hubo tal mudanza con los sermones, y doctrina del padre en la ciudad, que no la conociera quien antes la hubiera visto; haciendo todos grande estimación de la santidad, que en el padre resplandecía. El cual no satisfecho con el fruto que había hecho en la ciudad, salió con su acostumbrado fervor por los pueblos de la comarca donde no fue menor el fruto, y casos raros que le sucedieron, en orden a remediar en tiempo de peligro algunas almas, de cuya necesidad parece Dios le daba particular luz y conocimiento. Caminaba acompañado de un noble mancebo, que después entró en la Compañía, y a deshora se hallaron que habían perdido el camino; columbró de lejos el padre una choza, y dijo al compañero: "Vamos, que allí nos espera una grande necesidad"; fueron, y hallaron una enferma sola, y tan al cabo, que en acabándola de confesar expiró; y enterrándola prosiguieron su camino. En él habiendo llegado una noche a una posada, en ella estaba el padre Ramírez en un aposentico, en su acostumbrada oración y el mancebo que le acompañaba estaba en otro acostado, y a deshora, revolviendo algunas liviandades en su corazón y parece que le reveló Dios al padre en lo que estaba ocupado aquel su compañero, porque entrando con presteza, le avisó, que no diese entrada a tales pensamientos, y estuviese más alerta en desecharlos. Cosa en que reparó mucho este mancebo. Muy semejantes a éstos fueron los casos que le sucedieron al padre Ramírez, con colegiales del Colegio Real de San Ildefonso, que tiene a su cargo la Compañía en la ciudad de México, para donde fue llamado después de haber fundado el de Guatemala, para que criara en toda virtud aquella noble y numerosa juventud. Aquí siendo su rector, y velando siempre en el aprovechamiento en letras y virtud desta numerosa familia, parece que le descubría Dios los corazones de los colegiales que tenía a su cargo, y como si el pecho fuera de cristal, veía distintamente lo que por ellos pasaba: porque sucedía que, pidiéndole algunos licencias para salir fuera, él les decía el desordenado o dañado intento que los sacaba de casa, exhortándolos al arrepentimiento de ofensas que contra Dios trazaban. Y deste aviso de su santo rector, que penetraba sus conciencias, sucedió quedar algunos tan compungidos, que saliendo de su presencia se fueron derechos a los pies del confesor, admirados de la corrección tan oportuna del padre. Y era en el colegio tan válida la opinión, de que su rector conocía lo

secreto de los corazones, que los que no estaban con la rectitud de conciencia que debían, huían de su presencia: aunque él los trataba con amor de padre, y con él puso en tanto concierto y orden el colegio, que parecía noviciado de una religión. Pero después destos tan santos empleos, le tenía Dios guardado otro al padre Gerónimo Ramírez, en el cual volviese a emplear el fervoroso talento, lenguas y espíritu que desde su juventud la divina bondad le había comunicado, de ayudar las almas de los pobres indios, y que en esa empresa consumase el curso de su santa vida. La ocasión desta mudanza fue que el año de seiscientos y diez y siete, murió en Pátzcuaro el padre Juan Ferro, grande operario en la lengua tarasca de Michoacán, muy señalado en religión, y celo de la salud de los Indios; y para suplir tan grande falta echaron mano los superiores del P. Gerónimo Ramírez; el cual aunque había ya unos veinte y siete años que no ejercitaba los ministerios en esta provincia, y lengua, en que (como se dijo) trabajó los primeros de su sacerdocio; luego que entró en Michoacán, predicó en ella con el acostumbrado fruto, y con tanta propiedad, que los mejores lenguas de la tarasca, y los beneficiados curas, le iban a oír predicar dos y tres sermones al día, admirados de la propiedad y elegancia de lengua con que predicaba, y fruto que hacía, y de lo que en tal edad trabajaba; así en aquella ciudad de Pátzcuaro como en las continuas misiones a que salía: y los beneficiados andaban a porfía, de quién lo había de llevar a su partido, siendo los de las Indias, de tres, cuatro y más pueblos, los que un solo cura tiene a su cargo. Y el padre, como la piedra, que cuando se acerca a su centro va con mayor ímpetu: así parece, que sintiéndose ir más cercano a Dios, era mayor la fuerza con que deseaba servirle y llevar almas al cielo. Anduvo discurriendo estos tres años últimos de su vida, por varias partes de tierras frías, y calientes, cuales son las del obispado de Michoacán; sin dejar minas, aldeas ni estancias donde no hiciese doctrinas, predicando, confesando con notable fruto en todas partes, y sacando innumerables almas del pecado. Llegósele la última misión, que por ser a tierra caliente, y el año climatérico de su edad de sesenta y tres, temía, o sabía, y lo decía, que ese año había de morir, aunque su ánimo invencible le animaba a no temer la muerte. En esa misión le cogió, causada del inmenso trabajo e incomodidades que tomaba por su Dios, y por el bien de innumerables almas de cristianos y de gentiles que convirtió. Luego que cayó enfermo en un pueblo de indios veinte leguas de Pátzcuaro, teniendo noticia de su enfermedad el P. rector, despachó al P. Gerónimo de Santiago, gran misionero también en la lengua tarasca, que le asistiese. Apretóle la enfermedad al P. Ramírez, recibió los santos sacramentos con gran consuelo de su alma, por entender que N. Señor se lo llevaba para sí: y poco antes de expirar le regaló su divina bondad con un maravilloso raptó: porque las postreras palabras que dijo al P. Santiago fueron: "Espere V. R. *Videbis mirabilia*". Quitósele la habla, y a poco rato murió en el Señor este varón apostólico, a doce de enero de mil y seiscientos y veinte y un años, y siendo de edad de sesenta y tres, los cuarenta y tres de Compañía, y los treinta y seis de misionero evangélico, en todas las provincias de la Nueva España. ¿Y quién no entenderá que llegaría muy cargado de merecimientos a la presencia de Dios, el que tantos años, y con tan grande tesón de trabajos, ganó tantas almas para su Majestad? Fue depositado su cuerpo en la iglesia de aquel pueblo, con grande estima de los naturales, que se tenían con su beneficiado por dichosos, de tener en su iglesia el cuerpo del que tenían por Santo: y después (aunque con grande repugnancia suya) se trasladó al Colegio de Pátzcuaro; hasta que se le llegue el día, que glorioso, "nido con su alma, goce de gloria por la eternidad. Conocí a ese bendito padre, y tratéle, aunque por breve tiempo: pero en

ése conocí tan grande religión y santidad, como la que se ha escrito en esta relación, que hizo della el padre Gerónimo de Santiago, que asistió a su muerte, y demás de eso fueron muy compañeros en santos ministerios, de que trataré más de propósito en el Libro siguiente.

[...]